

ENEMIGOS OCULTOS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

Ella enarcó una ceja, interrogadoramente. Al principio no sabía a qué se refería su hermano, pero como un relámpago algo penetro en su mente y ahogó un grito de alegría, conteniéndose con dificultad. No quería equivocarse.

A. Thorkent

Enemigos ocultos

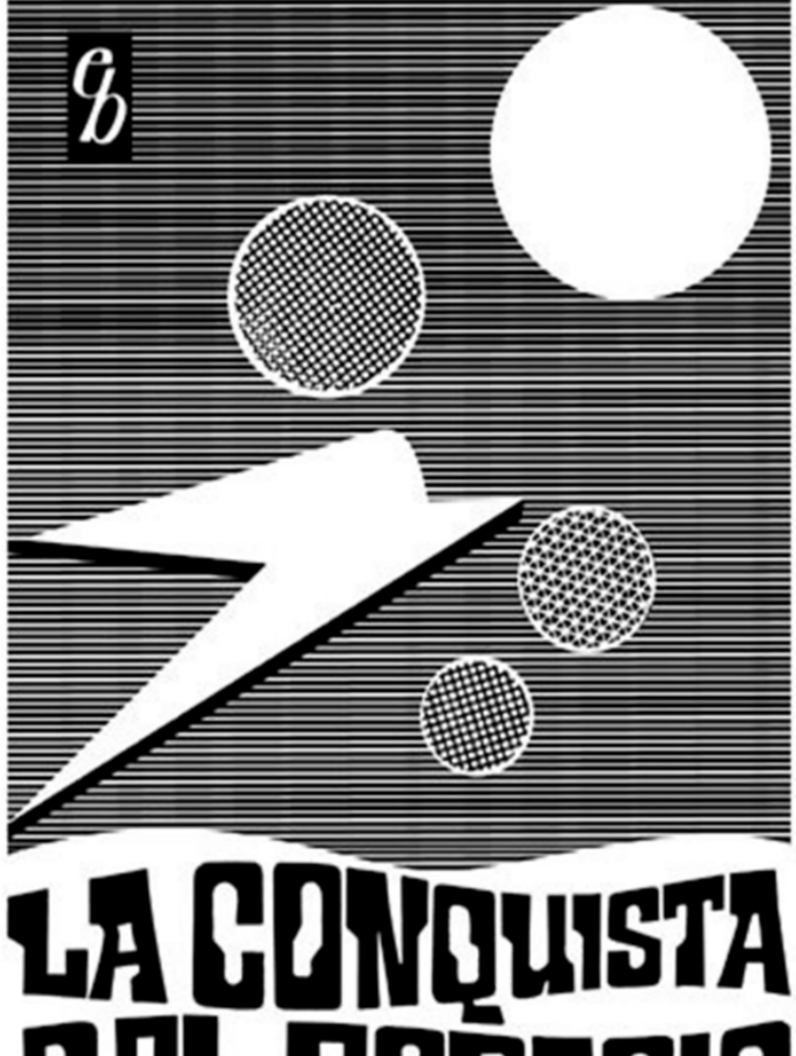
Bolsilibros: La conquista del espacio - 479

ePub r1.0
Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ENEMIGOS OCULTOS

A. THORKENT

CAPÍTULO PRIMERO

A Brenda le dio la noticia Mike, cuando estaba en la cocina terminando de colocar la vajilla recién lavada en el estante.

Aún jadeante, Mike logró articular ante la impaciencia de Breada:

—Han llegado…

Ella enarcó una ceja, interrogadoramente. Al principio no sabía a qué se refería su hermano, pero como un relámpago algo penetro en su mente y ahogó un grito de alegría, conteniéndose con dificultad. No quería equivocarse.

Mike la tomó por los hombros, soltó una carcajada y dijo:

—Sí, es cierto; han llegado. Bueno, lo harán dentro de poco: Al parecer descenderán en la llanura, en los sembrados… ¡Pero qué importa que destrocen parte de la cosecha!

—Parece increíble —logró musitar la muchacha.

—Sí, pero es cierto —repitió Mike. Le deshizo el lazo del delantal—. Vamos, deja esto y vayamos corriendo a la aldea.

Brenda se dejó llevar por su hermano; que a empellones la sacó de la casa, conduciéndola hasta donde tenía aparcado el coche. La chica se acomodó dentro y terminó de limpiarse una lágrima que descendía por su mejilla.

—Aún no puedo creerlo, Mike…

—Te creo. Yo de vez en cuando me pellizco. ¿Quién dijo que nunca íbamos a ser visitados?

—Eran tan remotas las probabilidades que alguna vez una nave de la Federación nos encontrase.

—Pero ha sucedido. Han tenido que pasar casi cien años, pero ha ocurrido al fin.

Mike conducía el coche todo terreno por la polvorienta carretera. A ambos lados, en las granjas vecinas, sus dueños también saltaban y corrían hacia sus coches, dispuestos a unirse a

ellos en dirección al pueblo. Mike les gritaba y era correspondido con las mismas muestras de alborozo.

—Hoy es un día grande en Ra —gritó.

Enseguida maldijo cuando de la derecha surgió una camioneta llena por una numerosa familia, obligándole a reducir la marcha. Desde la caja, los hijos de los Mortimer agitaban sus sombreros. Brenda oprimió el brazo de su hermano.

—Vamos, hoy nadie debe enfadarse. Debes comprender que ellos están tan impacientes como nosotros. A propósito, ¿se sabe a qué hora descenderá la nave?

—Bueno, el alcalde no ha sido muy explícito. Es posible que no sea hasta el atardecer. ¿De qué te ríes?

—Soy una tonta, Mike. He estado a punto de preguntarte si ya estáis seguros que esa nave es de la Federación.

Mike arrugó el ceño.

—¡Demonios, hermanita! ésa es una buena pregunta. El alcalde no ha dicho que no lo sea. Yo no estaba de guardia cuando se recibió su señal, pero se da por descontado que son humanos.

—¿Es que Redon no estaba de servicio?

Por primera vez la alegría de Mike se esfumó. Su rostro adquirió una profunda seriedad.

—Redon se marchó hace unos días y nadie sabe dónde está. En él tal comportamiento no es raro, ¿no? Ya sabes cómo se comporta a veces. Todos sabemos que es muy extraño. Se marcha al bosque y allí está hasta que se cansa y vuelve al trabajo. ¿Por qué no lo olvidas de una vez?

Brenda agachó la cabeza, aislándose en sus pensamientos. Ni siquiera escuchó los gritos de protesta que lanzaron los Mortimer cuando Mike consiguió adelantar al cargado camión.

Hacía ya casi diez años que la aparición en Ra de Redon hizo concebir vanas esperanzas a la población. Entonces todos pensaron que el aislamiento que ya casi duraba un siglo iba a concluir. Pero Redon había destrozado su pequeña nave al aterrizar, consiguiendo apenas salir de ella cuando se deslizaba por la ladera del monte Azul, yendo a sumergirse en las profundas aguas del lago.

Los raíanos tuvieron que conformarse con la versión que Redon, parcamente, les dio. Entonces Brenda sólo tenía once años y desde el primer momento se sintió fascinada por la presencia gallarda y

apuesta del misterioso joven que aparentaba tener unos veinte años.

Inicialmente, los nativos de Ra acogieron a Redon con cierto recelo, porque sus conocimientos del idioma galacto eran escasos. Redon dijo que pertenecía a una colonia situada en un lejano sistema solar, que la nave que conducía se averió y surgió al espacio normal sin saber cuál era su posición. La proximidad de Ra le impulsó a aterrizar cuando detectó que en él había vida humana. De sus escasos conocimientos del galacto se defendió diciendo que la colonia a la cual pertenecía usaba un idioma distinto al oficial de la Federación, que era mucho más antigua que la de Ra y que tampoco mantenía contacto frecuente con la Tierra, cosa que a ellos no les importaba demasiado.

A Redon no pareció preocuparle demasiado el hecho que Ra sí estuviera aislada desde hacía un siglo y que no disponían de medios para facilitarle el regreso a su lejano hogar. Aceptó serenamente tener que quedarse allí, tal vez para siempre.

Cuando las autoridades de la colonia le sugirieron que podría intentarse el salvamento de su nave hundida, Redon recomendó que no se hiciera, alegando que al descender había padecido filtraciones radiactivas y que era peligroso acercarse a ella. Además, la enorme profundidad del lago no entusiasmaba a los posibles voluntarios en el rescate.

Entonces Brenda no lo supo, pero se enteró años más tarde que las autoridades sometieron a Redon, durante bastante tiempo, a una estrecha vigilancia. Desconfiaban de él.

Pero con el transcurso de los años, Redon consiguió integrarse en aquella sociedad agrícola, descendiente de un grupo de colonos que un día, un siglo atrás, tuvo que arribar al planeta, interrumpiendo su viaje hacia otro mundo donde era espetado. La enorme nave quedó averiada seriamente, sin posibilidad de ser reparada; y los medios de comunicación eran deficientes, incapaces de salvar la enorme distancia que los separaba del mundo habitado más próximo.

Y desde entonces los colonos vivieron con la esperanza de reanudar algún día otra vez el contacto con sus compatriotas, saber qué pasaba en la Federación. No es que estuviesen mal en Ra, sino todo lo contrario. Habían sido muy afortunados al descender en un mundo acogedor, casi una réplica exacta a su mundo en donde la

tierra era fértil y tenían, alimentos sobrados. Pero no dejaban de añorar el viejo hogar de donde un día salieron. Aunque no pensaba ningún raíano abandonar aquel planeta, sí ansiaban que contactar con sus semejantes era imprescindible, al menos lo sería en un plazo de pocos años.

A pesar que podían reparar sus máquinas de labranza y vehículos, cuidaban de la educación de los jóvenes y la medicina y sanidad eran adecuadas; los líderes pensaban que no podían estancarse para siempre, dejar de recibir información y ampliar sus conocimientos científicos.

Lo peor de todo es que Ra disponía de escasas reservas de mineral de hierro, petróleo y uranio. Todavía los generadores atómicos podrían funcionar por unos años más. Al mismo tiempo, usaban cada vez con más intensidad la energía solar. Pero no podrían construir naves espaciales, al menos no hasta dentro de dos o tres siglos.

Las fundiciones que habían logrado poner en funcionamiento eran de escaso rendimiento y casi todas estaban dedicadas a la fabricación de aperos de labranza, utensilios más importantes por el momento para subsistir.

Sencillamente, los raíanos querían seguir en Ra y prosperar allí, pero precisaban el intercambio con otros mundos. Ellos tenían abundancia de alimento, que incluso podrían sintetizar y comprimir. Otros mundos de la Federación estaban pasando hambre desde hacía mucho, desde antes que ellos partieran a las estrellas desde la superpoblada Tierra. A cambio de lo que disponían en exceso podrían obtener manufacturas de las que escaseaban, e incluso algunos lujos.

La producción de tractores y vehículos era escasa, apenas si podían surtir las fábricas toda la demanda, que iba en constante aumento.

A todos estos problemas le echó un vistazo Brenda mientras Mike conducía como loco el coche, alejándose cada vez más del camión de los Mortimer.

Pero en cada pensamiento concerniente a la vida en Ra, Redon surgía arrollador en la mente de Brenda.

Redon se hizo pronto amigo de Mike, que sólo parecía tener unos pocos años menos que el extraño llegado de las estrellas. Y ella

asistía a sus conversaciones en silencio, sosteniendo aún las muñecas en el regazo. El amor infantil no disminuyó con el paso de los años, sino que, por el contrario, aumentó, hasta que Brenda llegó a ser mujer.

Por supuesto que Brenda se había insinuado a Redon en varias ocasiones, al mismo tiempo que rechazaba las pretensiones de los jóvenes que la deseaban. Pero Redon no sólo era un tipo extraño en la concerniente a su aparición en Ra, sino que también su comportamiento era poco normal. Aunque nunca nadie tuvo que protestar por su actitud, a todo el mundo sorprendía que apenas tuviese amigos, si se exceptuaba a Mike y otros pocos más. De vez en cuando desaparecía de la ciudad y se internaba en el bosque. Allí permanecía algunos días, hasta que regresaba otra vez a cumplir con su trabajo. Sus jefes ya estaban acostumbrados a tales desapariciones y lo tomaban resignadamente.

De no ser porque nadie en Ra como Redon conocía los secretos de la comunicación, que desgraciadamente se estaba olvidando entre las personas más cualificadas, el viejo Juan, jefe de la ajada estación de radio, le habría despedido con cajas destempladas.

Fue Redon quien tomó los averiados aparatos y los arregló en pocos días, ante el asombro de todo el mundo. Las piezas que no podían ser sustituidas las fabricó él de forma que dejó enmudecido a Juan y sus ayudantes. Al final, Redon arrojó un jarro de agua fría sobre los habitantes de Ra al afirmar:

—Aunque ya funcionan, nunca podremos ponernos en contacto con planetas conocidos. Están demasiado lejos y tardaríamos años en recibir una posible respuesta, y eso en el caso poco probable que pudiéramos contactar con ellos. Necesitaríamos un medio de comunicación instantánea, cosa que no se puede lograr con el material existente.

Entonces hubo de explicar que en su mundo de origen ya se conocía tal medio, que había sido descubierto en la Federación años después que la nave con el grupo de colonos de Ra abandonara la Tierra.

—Empero —añadió, sonriendo y tratando de animar a sus oyentes—, con estos aparatos podremos detectar alguna nave si se aproxima a unos mil millones de kilómetros de Ra, siempre que la cubramos con nuestro cono de rastreo. Pero si se aproxima a unos

cien millones la descubriremos, sin lugar a dudas.

El alcalde dijo que era algo y dio las gracias a Redon secamente.

Desde entonces Redon sólo acudía a la estación esporádicamente, cuando le apetecía. Juan llegó a tolerarle y hasta se hicieron buenos amigos, aunque Redon nunca le dijo lo que hacía cuando se internaba en el bosque. Era un secreto que guardaba celosamente.

Brenda, al principio, pensó que Redon no le hacía caso porque se entendía con otra chica. Pero luego, cuando se aseguró que nadie compartía el lecho de su amado, no supo si tranquilizarse o todo lo contrario. Claro que tampoco nadie podía afirmar que Redon se sintiese atraído hacia los hombres. Sencillamente, el sexo parecía importarle muy poco.

Y aquello, en lugar de hacerle sentir reconfortada, pensando que si no era para ella no lo sería para ninguna otra, le irritaba.

Como Mike era buen amigo de Redon, Brenda quiso saber por medio de su hermano cuáles eran los pensamientos íntimos de Redon. Al principio a Mike no le gustó el cometido y se resistió. Pero ante los ruegos de Brenda interrogó hábilmente a Redon y éste, sonriéndole irónicamente, contestó a casi todas sus preguntas con la mayor sencillez.

Y Mike transmitió a Brenda la siguiente conclusión:

—Hermanita, será mejor que lo olvides. Ese Redon es un tipo magnífico, pero las mujeres le importan un rábano. Claro que tampoco le atraen los hombres, lo cual no sé si es bueno o no. Pero me ha confiado algo que hasta entonces ha tratado de eludir. Digamos que aún no ha alcanzado su plenitud y…

—Pero eso no puede ser —estalló Brenda—. Redon llegó a Ra hace ocho años y ya entonces era un adulto. Ahora debe tener poco más de treinta años, dos o tres menos que tú.

—En apariencia no te equivocas. Pero Redon ha nacido en otro planeta, y es hijo de tercera generación.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Malada, el planeta de donde dice ser nativo, es desconocido para nosotros. Fue colonizado mucho antes que Ra y su evolución, debido a ciertos acondicionamientos, ha influido en la raza que en él ha vivido. Son distintos. Crecen muy lentamente. Al parecer alcanzan una madurez mucho después que nosotros. No estoy

seguro. Al llegar a este punto Redon no parecía estar muy a gusto contándome todo esto y divagó. Ni siquiera el alcalde y los jefes saben nada al respecto. Es algo nuevo.

—¿Es que viven mucho más que nosotros? —preguntó Brenda en un hilo de voz, temiendo que cuando ella fuese una anciana Redon empezase a mirar a las chicas.

—No, tampoco es eso. Su periodo, de vida es alrededor, de los cien años, como nosotros. Si te tranquiliza, Redon me aseguró que sus mujeres sólo alcanzan la pubertad a los veinticinco años, e incluso a los treinta. Si tanto te gusta debes tener un poco de paciencia. Tal vez no falte mucho para que él se sienta atraído por ti.

Brenda siguió viendo a Redon esporádicamente, después de esforzarse durante casi un año por apartarlo de su pensamiento. Sus amigas se reían a sus espaldas, divertidas porque aún no había tenido ninguna aventura amorosa con alguno de sus numerosos pretendientes, mientras que todas ya eran expertas en la materia. Algunas hasta llegaron a firmar contrato y se fueron a vivir con el hombre de sus preferencias, formando un hogar para llenarlo de hijos.

Siempre que se sintió tentada ante las demandas amorosas de algún amigo, que no se resignaba a desistir ante su aparente frialdad, Brenda recordaba las palabras de Mike ilusionándose con que algún día Redon terminase por fijarse en ella.

Mike hacía apenas un año que había vuelto a la granja, a vivir otra vez con Brenda. Se había divorciado y como no habían tenido hijos no tenía ninguna atadura. De todas formas había recomendado a Brenda que debía buscarse un compañero, que olvidase definitivamente a Redon como ya lo habían hecho todas las Chicas que se sintieron fascinadas con su aureola de ser procedente de las estrellas, de héroe de filme.

A pesar del tiempo transcurrido aún persistían dos hechos que obligaban a los habitantes de Ra a no olvidar que Redon seguía Siendo algo extraño en medio de la comunidad. Aunque podía considerarse como un hecho no excesivamente anormal, Redon seguía mostrando el mismo aspecto que el primer día que surgió en los alrededores del lago donde se hundió su nave, que nadie llegó a ver nunca. Seguía aparentando apenas veinte años.

El segundo hecho fue que Redon comenzó a demostrar desde el primer momento que poseía dotes paranormales. No eran profundas, pero algunas veces parecía estar leyendo el pensamiento de su interlocutor, anticipándose a sus preguntas, dando respuestas que aún se le había solicitado.

También tenía la extraña costumbre de personarse en los lugares donde estaba siendo requerido o se le mencionaba con insistencia. Ante los posteriores interrogatorios de los jefes de la comunidad, Redon admitió que en su planeta era normal que todos los habitantes fuesen un poco telépatas. Y reconoció que él era uno de los menos aptos.

Brenda parpadeó. La carretera ya no era tan polvorienta, a medida que se acercaban a la ciudad. Ahora estaba densamente concurrida por vehículos dispares, desde tractores, pasando por camiones, hasta turismos conducidos por chillones jóvenes que animaban a los que se rezagaban por no poder ir más deprisa.

—Será un gran día —dijo Mike, terminando de sacar a Brenda de sus pensamientos.

—Deberían haber buscado a Redon cuando se descubrió la nave:

—¿Dónde? Nadie sabe en qué parte se mete cuando le da la manía de desaparecer. Hace casi un mes que no le veo. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo la amabilidad de visitarnos?

Mentalmente, Brenda respondió que fue hace seis meses cuando Redon estuvo en la granja. Fue invitado por los hermanos a comer, pero al llegar la noche no permitió quedarse allí, pese a los insistentes ruegos de Brenda, En el portal, al despedirse, la tomó de las manos y dijo suavemente, mientras Mike iba en busca del coche para llevarle a la ciudad:

—Brenda, me siento feliz en tu presencia. Me hubiera gustado quedarme, pero mañana debo estar en la estación a primera hora. Existe una anomalía en un captador, que no me gusta. Y creo que está registrando una zona del espacio muy importante. No quiero que falle dentro de medio año, ¿sabes? Si estuviera seguro cuando fuera a suceder…

Aquellas palabras dejaron intrigada a Brenda. No pudo preguntar nada porque Mike regresó con el coche, gritando a Redon para que se diese prisa. Brenda sólo sintió un apretón de manos y una sonrisa cariñosa, pero más tarde, a solas, recordó que algo

extraño había penetrado en su mente. Era como un suave contacto que trató de infundirle aliento.

Brenda arrugó el ceño. ¿Por qué, había llegado a su mente aquella escena con tanta nitidez, precisamente aquel día? Había sucedido hacía seis meses y nunca hasta entonces la recordó como si la estuviese viviendo.

Las palabras de Redon fueron enigmáticas entonces. Pero ahora cobraban cierto significado.

Redon sabía que algo iba a ocurrir medio año más tarde.

Estaba ocurriendo entonces.

Miró a su hermano, que conducía alegre, sólo pensando en los saludos de los conocidos que pasaban raudos a su lado. La ciudad ya estaba a la vista. Acudían desde todas partes hacia ella.

Al otro lado de la urbe estaba la llanura donde se esperaba la llegada de la nave.

Y en dirección contraria, donde los grandes bosques discurrían hasta las colinas, se suponía que Redon se había refugiado en la soledad.

Las colinas, Redon, el lago donde se había perdido la nave que lo trajo a Ra desde el espacio, procedente de Malada, el planeta que nadie conocía entre todos los colonos, ni siquiera entre los escasos supervivientes de la llegada ocurrida un siglo atrás.

CAPÍTULO II

A la izquierda, a cinco kilómetros de distancia de la torre de comunicaciones, estaban los restos de la primera nave que arribó a Ra.

El alcalde Blake los estaba viendo a través de los potentes binoculares. Sólo, quedaba parte del casco. Lo demás había sido desmantelado porque el metal era algo muy apreciado en Ra debido a su escasez.

En varias ocasiones sus ayudantes, los representantes de las zonas y aldeas, habíanle propuesto que allí debía alzarse un monumento que recordase a la posteridad el lugar donde comenzó la colonización un Ra.

Pero siempre había muchas cosas que hacer y el proyecto no pasó de las palabras. Apenas se llegó a esbozar algún que otro boceto en un papel. Un artista hizo un dibujo muy bonito. Quería levantar algo hermoso, de hormigón y piedra de granito, hasta una altura de doscientos metros, una especie de obelisco qué recordase las formas de la nave desmantelada, cuyos restos estaban terminando de oxidarse, aquellos constituidos por material no aprovechable.

Blake guardaba en algún cajón de su despacho aquel dibujo. Le había gustado y prometió al proyectista que si algún día la colonia podía permitirse el lujo de perder tiempo y trabajo en algo que sólo sería agradecido por las generaciones venideras, le agradaría que lo que levantasen se pareciera a su idea.

Fue la único que se le ocurrió para contentar al ilusionado hombre, que no cabía en sí de gozo.

El alcalde arrugó el ceño, bajando los binoculares. Ahora también iba a descender cerca de aquel histórico lugar otra nave. Pero no iba a llegar en las mismas condiciones que ellos lo hicieron, no. Los colonos arribaron de forma forzosa, mientras que la nave

que esperaban ver surgir de entre las nubes lo hacía porque había captado, de alguna forma, las señales que la estación situada en la torre de comunicaciones lanzaba al éter sin cesar desde hacía diez años.

Se volvió un poco y pregunto a Juan:

—¿Se sabe algo?

El viejo se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Demonios, me habría gustado que Redon estuviera aquí. —Enseguida, el alcaide se apresuró a añadir—. No es que ponga en duda tu habilidad con estos trastos, amigo, sino que ese condenado Redon parece sacarle más provecho que nadie.

Juan suspiró profundamente.

—Sí, lo tengo que admitir, alcalde. Pero no me extrañaría verle aparecer por aquí en cualquier momento.

—¿Por qué lo supones?

—Ése es un chico extraño. Tal vez en estos momentos, allá escondido en el bosque, esté al corriente de todo lo que está pasando.

—Dudo que sus poderes paranormales alcancen a tanto.

—¿Sí? Pues yo no, alcalde. Creo que ha sido el único error que cometió desde que llegó.

—¿Error?

—Redon pareció asombrarse al saber que nosotros no practicábamos lo que parece ser cosa corriente en su mundo de origen. Al darse cuenta se apresuró a asegurarnos que apenas era un torpe aprendiz.

—Siempre fue un tipo extraño, pero pasó bien las pruebas y ha dado suficientes evidencias en todos estos años de ser honrado.

—De eso no tengo la menor idea.

—No podemos culparle si pertenece a una sociedad muy distinta a la nuestra, con hábitos diferentes. Pero hemos de reconocer que se ha esforzado mucho en adaptarse a nuestras normas.

—Estoy de acuerdo con usted.

Juan resopló y se giró sobre los talones para inspeccionar las consolas con los mandos manejadas por sus ayudantes. Eran seis hombres y dos mujeres, todos atentos a las señales que iban reflejándose en los indicadores.

—Hace ya casi cinco horas que no tenemos comunicación verbal

con los tripulantes de esa nave —dijo el alcalde preocupado.

Juan encendió un cigarro, largo y delgado. El alcalde miró confuso un cartel colgado en una pared que prohibía fumar en aquel lugar. Pero decidió no decir nada porque notaba a Juan muy tenso. El viejo sería capaz de echarle de allí si se atrevía a recriminarle que fumara.

—Advirtieron que tardarían más o menos ese tiempo en concluir con las maniobras de acercamiento —dijo Juan echando, una densa bocanada de humo azul—. Y que durante ése plazo estarían muy ocupados. No nos impacientemos. Ellos ya acusaron recibo del lugar donde deseábamos que aterrizaran. No es fácil, señor, localizarnos en medio de un continente tan grande como éste. Tengamos paciencia.

Pero por el rabillo del ojo, el alcalde observó que Juan mordía con nerviosismo el cigarro. Antes de terminar de fumarlo lo habría destrozado.

El alcalde se acercó a los ventanales laterales y miró hacia la parte de la explanada donde se agolpaba la multitud, a cada instante más numerosa, que acudía desde la ciudad.

Los agentes voluntarios del orden apenas podían dirigir el tráfico y aguantar a la gente, impidiendo rebasar los límites marcados de antemano y apresuradamente.

De vez en cuando se advertía por los altavoces que deberían regresar a sus casas, que se ignoraba con certeza el momento en que la nave descendería. El enronquecido oficial decía que tal vez no bajase la nave hasta el día siguiente.

Pero nadie se movía de allí.

Blake masculló.

—Estarán aquí en días, semanas.

—¿Ha pensado que podría ocurrir eso? —preguntó socarrón Juan—. ¿Que la nave podría no descender?

—Está loco… No pretenda bromear conmigo, Juan.

El viejo se movió pesadamente alrededor del alcalde.

Miró hacia el fondo del cuarto, donde doce o trece personas permanecían sentadas. Juan había permitido que los ediles subiesen hasta allí, después de asegurarles que los echaría a todos si no permanecían callados y quietos.

Ninguno de ellos se movía o pronunciaba una palabra, pero ya

estaban dando muestras de impaciencia.

Sonriendo divertido, un poco menos nervioso, Juan dijo a Blake:

—Sabemos muy poco de esos navegantes, señor. Dicen ser humanos. Pero nosotros cometimos un error.

—¿Cuál?

—Preguntamos si eran de la Federación.

—Y respondieron que sí.

—Era normal que lo hicieran… Incluso si son enemigos.

—No lo creo así. Si son enemigos no podían saber que nuestros compatriotas pertenecen a la Federación. Se arriesgaron a equivocarse. ¿O no?

Juan soltó un bufido y fijó la mirada en la consola que vigilaba una joven con atención. La interrogó con los ojos y la chica, volviéndose hacia él, respondió:

—Siguen orbitando a mil kilómetros de altura. Por un momento me ha parecido que un objeto pequeño se desprendía de la nave y se acercaba a pequeña velocidad, como si iniciase una penetración atmosférica.

—Tal vez la nave sea demasiado grande para aterrizar —gruñó Juan—. Sí, puede ser que vayan a usar naves de desembarco. Eso quiere decir, entonces, que han llegado en algo enormemente grande —sonrió—. Nuestra vieja nave se vería ridícula al lado de la que está sobre nosotros.

La chica inició una sonrisa.

—Bueno, ahora se encuentran al otro lado de Ra, bajo nuestros pies.

—Déjese de tonterías, linda. Sé lo que he querido decir.

—Por supuesto, jefe.

Juan dijo al alcalde:

—Señor, creo que sería conveniente que alguien fuera a buscar bocadillos y cerveza, ¿no? Llevamos aquí más de veinte horas y no sabemos las que aún tendremos que esperar. Claro que si a usted le gustaría que la multitud que está abajo regrese a sus casas es posible que la convenciera si viera a su alcalde y ediles retirarse a descansar. Yo le llamaría tan pronto como hubiera noticias…

Blake sabía que el viejo hablaba con socarronería, como si conociera de antemano cuál iba a ser su respuesta.

—Enviaré por comida.

—Esto me recuerda la fiesta conmemorativa del Día de la Llegada —jadeó Mike alzando a Brenda sobre la caja del camión de Joshua. Desde allí podrían ver perfectamente la explanada.

Joshua les había invitado a situarse sobre su camión apenas vio acercarse a los dos hermanos, deambular entre la multitud buscando un buen sitio.

Mike accedió a ello porque conocía sobradamente que Joshua se sentía atraído por Brenda, aunque ella parecía ignorarlo completamente.

La muchacha saludó, empero a lo que había presumido, con efusión a Joshua. Habían sido amigos desde la infancia y, los padres de Joshua tenían su granja a escasos kilómetros de la suya.

Mike silbó.

—Y yo pensé que íbamos a ser los primeros. Apostaría que está aquí toda la comunidad.

Joshua asintió:

—Es posible, si exceptuamos a los enfermos y recién nacidos… y también a Redon.

Y miró de reojo a Brenda. Pero la muchacha parecía no haberle escuchado porque debajo de ellos pasaron un grupo de escandalosos jóvenes que pretendieron colocarse en primera fila y los agentes les hicieron volver al fondo.

—¿Se sabe ya cuándo aterrizarán? —preguntó Mike ofreciendo a Joshua un cigarrillo.

Después de encenderlo, el muchacho respondió:

—Apenas hace unos minutos, el teniente Logan avisó por megáfono que podíamos estar aquí todo el día inútilmente. Pidió que volviéramos a casa, pero nadie se ha movido.

—No les faltarán ganas de ordenarlo en vez de pedirlo como un favor.

—¡Bah!, nadie le haría caso. No hay bastantes agentes para hacernos volver. La noticia se filtró desde la torre de comunicaciones porque al producirse el revelo los técnicos corrieron a la ciudad gritando la noticia. Entonces ya no tuvo tiempo el alcalde de hacerlos callar.

—¿Entonces nadie sabe nada en concreto?

Joshua señaló hacia la torre elevada sobre el armazón metálico, situada a su derecha y a unos quinientos metros.

—Creo que ni ellos mismos lo saben con certeza. Además, no confío en que la nave baje inmediatamente. Es normal que ellos tomen precauciones antes de hacerlo, ¿no?

Mike asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo: ¿Y tus padres?, no los veo.

—Están en la cabina. A mamá le molesta este sol. Brenda, ¿quieres bajar con ellos? Estarás más fresca. También han traído naranjadas.

—No, gracias —sonrió la chica—. Estoy bien aquí con vosotros. Te agradezco que nos hayas invitado a tu camión. Este sitio es estupendo.

—Pero incómodo para estar mucho tiempo —dijo Joshua, echándose sobre los ojos el ala de su sombrero.

Mike sonrió para sus adentros notando que Joshua se había puesto ligeramente colorado. Se dijo que Brenda era una tonta ignorando la existencia de Joshua. ¿Dónde iba a encontrar mejor compañero que él? Y algún día las dos granjas podrían unirse en una sola. Mike no pensaba ser granjero toda la vida. Desde que se rumoreaba la posible existencia de yacimientos de hierro a quinientos kilómetros al sur, pensaba seriamente la posibilidad de dedicarse a la minería. Les regalaría su parte en la granja.

Cerca de una hora más tarde se produjo un movimiento entre los agentes que vigilaban las cercanías de la torre. El teniente Logan ascendió por la escalerilla de hierro y apareció al cabo de unos minutos. A pesar de la distancia se le veía nervioso.

Logan se dirigió a la multitud, se llevó el megáfono a los labios y dijo:

—Amigos, el alcalde me comunica que se acaban de recibir noticias de la nave. De ella ha partido hace media hora una unidad de desembarco, que tomará tierra en esta explanada dentro de unos minutos.

La multitud estalló en gritos, vivas y voces nerviosas. Cuando el ruido se aplacó; el teniente, haciendo vigorosos ademanes pera conseguir silencio, añadió:

—Sabemos lo ansiosos que estáis por conocer más detalles, pero nuestro alcalde confía en vuestro buen criterio. Los recién llegados han pedido entrevistarse antes que nada con las autoridades de Ra —después de una leve pausa, Logan, como si temiera el estallido de

una explosión de frustración, agregó—: Por lo tanto, la primera entrevista se celebrará en el interior de la unidad de desembarco. Sólo el alcalde y varios ediles subirán a bordo. Luego, es posible que los navegantes del espacio accedan a ir a nuestra ciudad. Pero ellos han impuesto una condición. No quieren manifestaciones de entusiasmo popular hacia sus personas.

Una estridente silbada siguió a las últimas palabras de Logan, quien con energía y voz cada vez más ronca, siguió:

—Debéis ser comprensivos. Los hombres de la nave están tan entusiasmados como nosotros con este encuentro, pero no pueden ser imprudentes. Si este primer encuentro es satisfactorio para todo el mundo tendremos muchos días para convivir con ellos y mostrarles nuestra alegría. No olvidéis que son también ciudadanos de la Federación y su alborozo por este hallazgo, que ellos estiman como grandioso les llena de satisfacción.

La gente empezó a aprobar con murmullos y Logan esperó otra vez a que el silencio le permitiera dar las últimas instrucciones.

—Desde luego yo también me asustaría si fuera parte de la tripulación —rió Mike nerviosamente—. No es muy tranquilizador ver como miles de personas están a punto de lanzarse sobre uno a darle abrazos. Creo que debemos contentarnos por el momento en verlos lejos.

—Me temo que ni eso conseguiremos —rezongó Joshua—. Acercarán un coche cerrado al pie de la nave y los meterán dentro sin darnos tiempo a verlos.

—Me pregunto si vendrán mujeres —murmuró Brenda.

—¿Qué importancia tiene eso? Supongo que si…

—¿Te extraña mi pregunta? —Brenda sonrió divertida—. Llevamos un siglo sin saber cómo está la moda en la Tierra.

—Vosotras las mujeres siempre seréis las mismas —rezongó Joshua a su lado, mordisqueando una brizna de hierba.

Mike consultó su reloj, dando muestras de nerviosismo.

—No podremos quedarnos aquí todo el día, hermanita. Si dentro de dos horas no ha sucedido nada nos marcharemos. Los animales de la granja requieren nuestra atención.

Al mirarla la descubrió escrutando los rostros del gentío que los rodeaba. Mike movió la cabeza. Aquella tozuda, estaba buscando entre la multitud a Redon. Por fortuna Joshua no se había dado

cuenta.

De improviso tronó la sirena de alarma de la torre, una sirena que no había funcionado desde hacía diez años, cuando se descubrió la aproximación de la nave de Redon. La impaciente multitud contuvo el aliento y algo brilló en el cielo.

Millares de rostros ansiosos se alzaron, parpadeantes, deslumbrados por el sol grande y amarillo de Ra.

Apenas produjo un pequeño silbido al taladrar el aire. La nave de desembarco descendió lentamente, como si flotara en el aire, en donde permaneció el tiempo suficiente para que todo el mundo pudiera darse cuenta cómo era antes de posarse en la pradera, a unos dos kilómetros de la torre.

La nave era grande, ovalada, de más de cien metros de longitud. Brillaba intensamente, plateada. Sólo unas líneas negras trazadas longitudinalmente en su base rompían la superficie argentada. No produjo humos ni estruendos al contactar con el suelo.

El silencio duró aún unos instantes después del aterrizaje. Si los guardias de seguridad habían temido que la gente se lanzase hacia la nave, rompiendo la barrera, se habían equivocado. Todo el mundo no sólo permaneció en la zona acotada, sino que incluso retrocedió terreno.

—Esa nave no se parece en nada a las referencias que hacen de ellas los libros —musitó Brenda.

Aparentando una seriedad que evidenciaba no sentir, Mike dijo:

—No olvides que hace cien años que no sabemos cómo son las naves, hermana. Ni siquiera vimos la que trajo a Redon. Tal vez los vuelos por el espacio estelar sea ahora cosa de niños, y no se necesite casi una vida en llegar a las estrellas, como sucedió con nuestros padres y abuelos.

De la torre de comunicaciones había descendido el alcalde y tres ediles. Todos caminaron nerviosos hacia un coche que les esperaba al pie de la estructura. Arrancó rápido y se dirigió hacia la nave, salvando los dos mil metros que les separaban en un tiempo que les pareció interminablemente largo.

CAPÍTULO III

Apenas se había parado el motor del coche cuando de la cabaña surgió un hombre, casi un muchacho, que se quedó mirando al hombre que bajaba del vehículo.

—Hola Juan —saludó al anciano el joven de cabellos rubios. Avanzó unos pasos y tendió su mano.

El anciano respiró como si le hubieran quitado un peso de encima y estrechó la mano fuerte de Redon.

—Hola, muchacho. Me alegro que no te haya molestado mi visita.

Redon mostró una dentadura grande y fuerte al sonreír.

—¿Por qué iba a molestarme? Te esperaba desde que ayer tomaste la decisión de venir hasta aquí.

El viejo sacó una bolsa con tabaco y empezó a llenar la pipa.

—Si no te conociera bien tus palabras me habrían asustado. Sí, yo también pensé que sabrías que iba a venir desde el primer momento. Por el camino me dije que si no deseabas verme no me estarías esperando.

—¿Por qué no iba a querer verte?

—La última vez que estuve aquí no te gustó.

—Entonces estaba en plena meditación.

—¿Ya has terminado?

—Sí. Concluí hace tres días.

Juan había llenado su pipa y la estaba encendiendo. Por encima de una nube de humo azul miro inquisidoramente al muchacho, directamente a sus profundos ojos azules.

—Siempre has vuelto a la civilización cuando has terminado, ¿no? ¿Por qué esta vez no lo has hecho?

Redon soltó una carcajada.

—Es lo que piensas, viejo pícaro.

—Hice mis cálculos y vi que tardabas demasiado en regresar.

Nunca estás tanto tiempo refugiado aquí, en lo profundo del bosque.

—En un lugar que sólo tú conoces.

—Cierto. Cuando lo descubrí accidentalmente me pediste que respetara tu secreto o tendrías que buscarte otro lugar. Yo te prometí que nadie lo sabría y he cumplido mi palabra.

Redon asintió:

—Excepto que ya no eres el único que lo sabes.

Juan se quitó la pipa de los labios y miró a Redon extrañado.

—¿Qué insinúas?

—Sé que no tienes la culpa; pero alguien se escondió esta mañana en tu coche y ha viajado contigo sin que lo supieras.

Redon se dirigió al coche y abrió la portezuela, diciendo:

—Puedes salir, Brenda. ¿Qué estás esperando?

Alguien se movió en el interior y Brenda, con el rostro encendido, bajó del coche. Vestía una blusa grana y sus pantalones cortos permitían mostrar unas piernas largas y esbeltas. Juan se encaminó hasta ella y la increpó:

—¿Se puede saber cómo estás aquí?

—Lo siento, Juan —musitó la muchacha bajando la cabeza.

—Pero no es posible que ella averiguara que yo iba a venir a verte, Redon… —protestó Juan.

—Tal vez ella nos lo quiera explicar —sonrió Redon. La tomó de la mano y la llevó hasta un tronco caído, haciendo que se sentara en él.

Luego se sentó a su lado e indicó a Juan que se calmara y descansase.

—Siempre sospeché que Juan era tu mejor amigo, Redon —dijo la chica sin atreverse aún a levantar la mirada del suelo—. Mejor amigo, incluso, que tú y yo. Sabía que cuando tú desaparecías Juan era el único que parecía saber la fecha exacta que regresarías, y que incluso iba a visitarte, a llevarte algo que necesitaras.

—Bueno, lo adivinaste —dijo Redon.

Juan se encogió de hombros.

—Bueno, ahora todo el mundo lo sabrá, Redon. Lo siento. Tendrás que buscarte otro refugio. Me siento culpable.

—¡Bah!, olvida eso. No tiene importancia ya —sonrió Redon—. Además, ahora todo el mundo está demasiado ocupado con los

visitantes. ¿Quién se preocupa en estos momentos de mí?

Repentinamente, Brenda alzó la cabeza y miró a Redon.

—¿Cómo sabes que han llegado visitantes? —inquirió—. Juan aún no te ha dicho nada al respecto…

—Están en Ra desde hace una semana —dijo Redon seriamente —. Es suficiente.

—Pero ¿lo has sabido desde el primer momento y no has sentido la menor curiosidad en regresar? —Brenda miró en derredor y miró el coche de Redon, protegido del sol que se filtraba por el claro—. ¿Acaso está averiado?

Redon negó con la cabeza.

—Aún no ha llegado el momento de hacerlo —miró a Juan y le preguntó—: Necesito que me expliques algunas cosas, amigo. Vosotros dos ya conocéis que puedo saber lo que sucede a mucha distancia, pero los detalles no me llegan con nitidez. Sólo el día de la llegada de la nave las emanaciones de la colonia eran tan fuertes que mi mente pudo captar la emoción que todo el mundo sintió en la recepción. ¿Qué está pasando?

Juan, más tranquilo, volvía a fumar. Con la mirada perdida en la frondosidad del bosque que les rodeaba, dijo:

—Han sido días muy emocionantes, muchacho. Todo el mundo está feliz. Efectivamente, la nave que nos sobrevuela es de la Federación. Han bajado más unidades de desembarco y en la ciudad están alojados docenas de tripulantes, hombres y mujeres que conviven con la población amistosamente. Son días de fiesta.

—Me lo imagino. ¿Qué más?

—Por el momento poco más, Redon. Las ceremonias de bienvenida se suceden unas a otras. Cada distrito y zona rural quiere testimoniar a los recién llegados su alegría. Hay baile y banquetes día y noche. El comandante Murray…

—¿Así se llama el jefe de la expedición?

—Sí. Y la nave nodriza es la Oceanía.

—Un nombre muy terrestre.

—Bueno, el comandante Murray parece que está ya un poco cansado de tantos agasajos y quiere que el alcalde y los demás miembros del Consejo se dediquen ahora a cosas más importantes.

—¿Cuáles?

El viejo se alzó de hombros.

—No lo sé. Hasta ahora nadie se ha preocupado de preguntar a los terrestres qué va a pasar. Ni tampoco el comandante Murray ha dicho su parecer.

—Terrestres —musitó Redon—. ¿Seguro que son terrestres? ¿No pueden proceder de otro mundo humano, aunque pertenezca a la Federación y que no sea precisamente la Tierra?

—No. Ellos han dicho que la nave de exploración Oceanía partió de la Tierra. Aunque de otros muchos planetas de la Federación otras naves idénticas recorren la Galaxia, ellos proceden de la Tierra, igual que nosotros. Por eso la alegría es tan grande.

—¿Cómo hallaron este planeta? Todos sabemos que está muy apartado de las rutas normales de exploración…

—No lo han explicado todavía, pero eso es algo que a nadie le interesa apenas.

Brenda dijo:

—Redon, ¿por qué estás preocupado? ¿Es que no te alegras también que nos hayan encontrado precisamente seres de la Tierra, del planeta de nuestros mayores? Aunque tú vengas de Malada también tus antepasados fueron descendientes de la Tierra…

—Había decidido regresar hoy —murmuró Redon—. Pero creo que lo haré dentro de dos o tres días. Para entonces las cosas estarán más calmadas y el entusiasmo habrá disminuido. La gente pensará con más tranquilidad. Y también se sabrán más cosas.

—Te ha molestado que haya venido… —protestó Brenda.

—¡Oh, no! Te lo aseguro —Redon le dirigió una cordial sonrisa que animó el rostro de la chica—. Te prometo que Será a ti la primera persona que visitaré cuando vuelva. ¿Recuerdas a Loba?

—Claro que sí. Es una perra encantadora.

—Está detrás de la cabaña. Ya tiene familia numerosa. Son unos cachorros encantadores. Si te agrada alguno puedes elegir el que desees. Te lo llevaré a la granja cuando vuelva.

Brenda titubeó unos instantes. Ya tenían demasiados perros en la granja. Redon debía saber que ella no quería ninguno más. Pero comprendió que lo que quería era quedarse a solas con Juan. Dibujó una sonrisa y se levantó, dirigiéndose a la parte trasera de la cabaña.

—Estás aprendiendo a mentir —musitó Juan aspirando con rabia de su pipa—. Tu perra no estaba embarazada. ¿Qué

encontrará Brenda ahí detrás?

—Pues una perra amamantando media docena de nerviosos cachorrillos —sonrió Redon entornando los ojos.

—A veces me das miedo, muchacho. Hasta dudo si lo que veo alrededor mío cuando estoy contigo es realidad.

Redon no hizo caso a la alusión del viejo. Su rostro se volvió serio cuando dijo:

—Sólo puedo confiar en ti, Juan. Tú eres el único que sabes lo que realmente puedo hacer. A los demás les asusta. Pero me di cuenta demasiado tarde.

—Y entonces decidiste dejar de mostrarlos, ¿no? Yo nunca creí cuando dijiste que eras el más torpe paranormal de tu mundo, Malada. Me pregunto si realmente existe Malada.

—¿Todavía lo dudas? Un día te pasaste muchas horas buscándolo en los viejos libros traídos de la Tierra.

—Sí. Y lo encontré. Pero a veces me pregunto si realmente vi la descripción de ese planeta en el índice.

—Eres magnífico —sonrió Redon—. De todas formas me tienes plena confianza. Eso me anima, viejo amigo.

—¿A qué te anima?

—A contar contigo.

—¿Para qué?

—Como jefe de comunicaciones te será fácil conocer todo lo que proponen hacer los terrestres en Ra. Quiero que me tengas informado de todo lo que conversen con el alcalde y lo que pretendan de la colonia.

—¿Por qué han de querer algo de nosotros? En todo caso somos nosotros los que necesitamos de ellos, de la ayuda que nos proporcionará la Tierra…

—Brenda va a volver. Estaré en la ciudad dentro de dos o tres días. Me buscarás allí y me dirás todo lo que haya comunicado el comandante Murray a Blake. ¿Lo harás?

Después de mirarle largamente, el viejo asintió.

—Ahora deberás marcharte. Dile a Brenda que tienes prisa por volver. No quiero herirla si le digo yo que quiero volver a estar solo cuanto antes.

—Pero…

Juan contuvo la serie de preguntas que quería hacer a Redon.

Brenda estaba regresando. Se escuchaban sus pasos sobre la tierra. Sin volver la cabeza, dijo a Redon:

—De todas formas creo que pronto se acordarán de ti, muchacho. El alcalde piensa solicitar a Murray unas instalaciones nuevas de comunicación. Y nadie como tú sabe de eso. Los terrestres traerán una técnica nueva, que no estoy seguro de entenderla muy bien y…

Juan se había vuelto y calló. Brenda sonreía y acariciaba algo que parecía sostener entre sus brazos.

—Éste es precioso, Redon. Te agradezco que me lo ofrezcas, pero ya sabes qué tenemos suficientes perros guardianes en la granja. Espero que no te ofendas si no lo acepto. Lo devolveré con su madre.

El viejo tuvo que sujetarse la pipa para impedir que cayera al suelo. Brenda se volvió, sin dejar de acariciar el aire.

No llevaba absolutamente nada.

Juan sintió un escalofrío, a pesar de la sonrisa amistosa que Redon le dirigía.

* * *

Habían salido del bosque y Juan conducía a moderada velocidad por la carretera flanqueada de cultivos de maíz. A pesar de ser mediodía no se veía mucha actividad en los campos. Casi todo el mundo aún estaba en la ciudad, merodeando alrededor de las casas que ocupaban los terrestres y que la alcaldía les había cedido.

—Deben volver de una condenada vez —gruñó Juan entre dientes.

Brenda no le entendió bien y preguntó qué había dicho.

—¡Oh, nada! Cosas mías. Recuérdame que tengo que darte una azotaina un día de éstos por haberme engañado.

—No te atreverías —rió Brenda.

—¿No? Cuando eras una mocosa te sentabas sobre mis rodillas y me pedías que te contara historias de la Tierra. Fui lo suficiente amigo de tus padres para considerarme con derecho a castigarte… —Dejó el tono jovial de sus palabras y, mirándola de soslayo, añadió—: ¿Por qué no olvidas para siempre a Redon?

—Vaya, al parecer todo el mundo sabe que estoy enamorada de él.

—Es que no te esfuerzas por disimularlo.

—No encuentro otra manera para que él lo sepa.

—Redon debe saberlo y…

—¿Es que habéis hablado de mí? —preguntó nerviosa Brenda.

—No. Lo siento. Redon nunca habla de mujeres. Sólo de su trabajo, cuando, le apetece subir a la torre.

—Debería odiarle.

—No pude averiguar mucho de Malada y su gente porque los registros que existen en la colonia de ese planeta son escasos. Apenas había nada cuando nosotros salimos de la Tierra y eso fue hace cien años. En un siglo una comunidad evoluciona mucho, si los factores ambientales donde vive son extremos. ¿No has pensado que Redon puede alcanzar su madurez sexual sólo dentro de unos años?

—¿Acaso piensa como un niño? Sus conocimientos son los de un adulto.

—No olvides que en diez años no ha envejecido nada —dijo Juan en tono preocupado—. Claro que está en una edad que los cambios son mínimos. Sin embargo algo debería ser diferente al Redon de hoy al que llegó hace dos lustros. Sólo su mente parece haberse adaptado a la vida en Ra.

—Tú eres el mejor amigo que él tiene en Ra y debes saber muchas cosas de él —protestó Brenda haciendo un mohín de disgusto.

—Sólo me cuenta lo que él quiere. Y le he interrogado mucho. Sobre todo al principio, cuando todo el mundo recelaba de él. Me pregunto…

Ante el silencio del viejo, Brenda preguntó:

—¿Qué te preguntas?

—¡Demonios, muchacha! Esto es extraño.

—¿Quieres decir de una vez lo que piensas?

Juan detuvo la camioneta, conduciéndola al borde de la cuneta, a pesar que por la carretera no transitaba ningún vehículo. Se apoyó sobre el volante y dijo mirando hacia el frente.

—He asistido a muchas reuniones entre los terrestres y nuestras autoridades, y en ninguna de ellas se ha hablado de Redon. ¡El alcalde siempre se ha referido ante los terrestres afirmando que ésta

ha sido la primera vez que hemos recibido una visita en cien años!

—¿Estás seguro? Tal vez hayan hablado de Redon en algún momento que tú no estuvieras presente…

—Es posible, pero no lo creo. El comandante Murray, al enterarse que hace diez años llegó un náufrago procedente de Malada habría manifestado su deseo de conocerlo. ¿Es lo lógico, no? —Negó con vigorosos movimientos de cabeza—. Y no admito que a Blake se le haya olvidado con la emoción de los acontecimientos.

—¿Qué explicación podría darse entonces?

—Eso es lo que me preocupa.

En aquel momento un lejano ruido les hizo alzar las miradas hacia el cielo. Un destello de plata voló sobre ellos. Iba a escasa altura, apenas a unos trescientos metros.

—Son los terrestres —dijo Juan, ceñudo.

—Claro qué deben ser ellos. Nosotros no tenemos vehículos aéreos. ¿Pero qué hacen?

—No lo sé. Ayer descargaron unos pequeños aviones. Creo que dijeron a Blake que precisaban conocer más a fondo Ra. Al fin y al cabo nosotros apenas conocemos una pequeña porción de este continente.

Bajaron de la camioneta y vieron cómo el vehículo plateado se perdía de vista.

—Sobrevuela el bosque —dijo Brenda. Miró alarmada a Juan—. ¿Acaso Blake ya les ha hablado de Redon y van en su busca?

—De ninguna manera. Yo no he dicho a nadie dónde está el refugio de Redon. Es imposible… Será una casualidad que vayan en esa dirección. No sólo está por allí el bosque, sino esas montañas que siempre hemos tenido intención de explorar, y que pensamos que es el único sitio donde puede existir una pequeña posibilidad de encontrar minerales pesados.

Subieron a la cabina y reemprendieron el camino en dirección a la ciudad.

Al rato, Juan preguntó a la muchacha:

—Un perro más no se notaría en vuestra granja. ¿Es que no te gustaba el que te ofreció Redon?

—Claro que sí. Era lindo. Pero tenemos demasiados.

—No me fijé mucho en el cachorro. ¿Cómo era?

—Precioso. Casi estuvo a punto de conquistarme con la pequeña mancha blanca que tiene entre los ojos —rió Brenda.

Juan asintió.

Indudablemente, Redon sabía hacer bien las cosas al crear ilusiones.

Cuidaba los detalles.

CAPÍTULO IV

Loba le avisó de la aproximación de la nueva visita unos segundos después que él lo supiera.

El vehículo aéreo había aterrizado en otro claro del bosque existente a unos dos kilómetros del que usaba Redon. Aunque no produjo ningún ruido al descender, su sensible oído sólo necesitó el ligero chasquido de la portezuela al cerrarse.

Luego fue siguiendo los sordos pasos de los dos hombres sobre la alfombra de hojas acercarse hasta su cabaña.

La perra empezó a aullar y Redon la hizo callar con un imperioso ademán. Luego se sentó en el árbol caído y esperó.

Eran dos hombres los que entraron en el claro. Vestían negros uniformes ajustados al cuerpo. Del cinturón dorado pendían armas. Sobre el pecho llevaban dibujados tres soles formando triángulo. Sus altas botas rojas hicieron crujir las hojas secas al dar varios pasos más hacia donde Redon les esperaba en total quietud.

Separados por unos veinte metros, se miraron. Los dos hombres mostraban rostros impenetrables. En cambio, Redon llegó a formar una divertida sonrisa.

—Adelante —dijo. Sed bien venidos.

—¿De veras? —preguntó uno que lucía los distintivos de teniente.

—Seguro —asintió Redon poniéndose en pie muy despacio—. ¿Cómo habéis dado con este lugar?

—Estamos efectuando una exploración rutinaria por esta área y vimos desde el aire la cabaña. Soy el teniente Graham y éste es el navegante Curtis.

Curtís era una mujer muy hermosa, joven. Sus formas resaltaban dentro del uniforme negro. Se quedó un poco rezagada mientras el teniente seguía avanzando hacia Redon.

—Debéis tener una vista insólita para descubrir una casucha de

troncos en este bosque —rió divertido Redon.

—Está bien. Podemos abandonar el juego. Tú eres el náufrago que llegó a Ra hace diez años, y que dices proceder de un planeta llamado Malada.

—¿Os ha dicho el alcalde dónde estaba?

—¿Qué importa eso? Yo he recibido orden del comandante Murray de buscarte y llevarte ante él.

—¿Para qué?

—Quiere interrogarte.

—Si es una invitación es posible que la acepte. Dile al comandante Murray que tengo proyectado regresar a la ciudad dentro de un par de días.

El teniente negó con la cabeza.

—Nada de eso. Vendrás con nosotros.

—¿Acaso estoy detenido? En Ra existen leyes, aunque sólo esté poblado por una pequeña colonia. Sólo recibiré órdenes del alcalde.

—Es inútil que te resistas, muchacho. El comandante se alegrará mucho cuando le digamos que te hemos encontrado.

—¿Es que aún no se lo habéis dicho?

—No…

El teniente se detuvo, mordiéndose los labios. Era lo que Redon quería saber, que sólo aquellos dos sabían dónde estaba él. Apenas se marcharon Juan y Brenda estuvo unos minutos sumido en sus pensamientos, descuidando toda clase de defensa. Así había sido fácil que aquellos dos le descubrieran. Pero no volvería a cometer otro error. No habían dicho nada a sus jefes del descubrimiento y así podía salvar la situación de momento, aunque más tarde surgieran otra clase de problemas.

Pero lo acuciante para Redon era impedir que aquellos dos regresaran ante Murray con la sorprendente noticia de su reciente descubrimiento, aunque optasen por dejarle allí.

Todavía el teniente no había terminado de darse cuenta de su error cuándo Redon actuó.

Su brazo derecho hizo un movimiento vertiginoso, mientras que la mano se contraía primero y luego se abría. Algo silbó y un dardo de unos diez centímetros de largo, finísimo, se incrustó en la frente del teniente, apenas debajo de su casco de acero.

La perra saltó y cayó seguidamente sobre Graham. Pero ya no

era necesario porque el teniente estaba muerto.

Redon maldijo. Loba había interpretado mal su orden y había atacado equivocadamente, debiendo haberse lanzado contra la mujer.

Curtís ya estaba terminando de empuñar su pistola cuando Redon ya había dispuesto un nuevo dardo en su lanzadera sujeta en el antebrazo. Pero la mujer ya estaba apretando el gatillo y tuvo que arrojarse al suelo, sintiendo que el aire ardía sobre su cabeza.

Rodó unos metros y alzó la mirada, logrando disparar un segundo dardo antes que Curtís apretase de nuevo el disparador de su pistola láser. Pero fue demasiado precipitado y sólo logró herirla en el hombro.

La muchacha lanzó un grito de dolor, pero no soltó el arma. Rechinando los dientes dirigió el arma contra Redon.

Entonces Loba comprendió que se había equivocado y, saltando de forma inverosímil, cayó sobre la mujer, destrozándole la garganta de una dentellada.

Redon se incorporó y llamó a la perra. Tuvo que insistir con firmeza para ser obedecido. Loba se acurrucó junto a sus piernas, jadeante y lleno de sangre el hocico.

Entonces el muchacho, más tranquilo, recapacitó sobre la situación. Buscó el vehículo aéreo y lo halló en un claro a un par de kilómetros. Miró en la carlinga y no percibió en el comunicador ningún indicio de contacto con la base.

Regresó junto a los cadáveres y los colocó dentro de su coche, después de envolverlos en sendos sacos de plástico para evitar manchar de sangre los asientos.

De nuevo en el aéreo los colocó dentro y se puso a los mandos. Sólo necesitó unos segundos para comprender el sistema de vuelo de la navecilla… Era demasiado simple para él.

Escuchando los ladridos de la perra se elevó sobre las copas de los árboles, pero volando de forma que casi las rozaba. Se orientó y se dirigió raudo hacia el lugar donde había pensado aterrizar.

El rostro de Redon había permanecido impasible, sin inmutarse lo más mínimo. Ahora sólo le preocupaba que tendría que caminar una larga distancia para regresar hasta donde había dejado el coche, antes de volver a la cabaña, recoger sus escasas pertenencias y retornar a la ciudad.

La inesperada visita de los dos terrestres sólo había significado para él tener que adelantar el momento de reincorporarse a la vida en la comunidad.

* * *

Blake se hallaba sumido en profundas meditaciones y tenía los ojos cerrados. No escuchó los pasos de su secretario cuando éste se aproximó hasta la mesa. La gruesa alfombra lo impidió.

El secretario Damians tosió suavemente y el alcalde abrió los ojos. Parpadeó varias veces y miró interrogadoramente al recién llegado.

—Lo siento, señor —se disculpó Damians—. El comandante Murray desea verle.

Blake arrugó el ceño porque apenas hacia una hora que el comandante había abandonado la alcaldía. Murray no había aceptado el ofrecimiento oficial de pernoctar en su casa, prefiriendo hacerlo en la nave transbordadora desde el primer día.

Murray apenas había tenido tiempo de llegar a la nave y regresar de inmediato a la ciudad. ¿O tal vez ni siquiera había llegado a salir de la pequeña urbe?

—¿Qué le pasa? —preguntó Blake, levantándose y recomponiendo su arrugado traje.

Se dirigió hacia el pequeño cuarto de baño y se mojó la cara para despejarla de los últimos indicios de su corta siesta. Se peinó y esperó la respuesta de su secretario.

—No lo sé, señor. Pero parece algo excitado.

Blake movió la cabeza. Dijo a Damians que hiciera pasar al comandante y lo esperó en pie detrás de su mesa de trabajo. El inesperado retorno de Murray era extraño. Echó un vistazo a la ventana. Estaba terminando la tarde y las sombras comenzaban a cubrir la ciudad. En las calles se encendían lentamente las luces. Aún estaban bastante animadas y los bares y cafeterías repletas de gente.

Gruñó descontento ante aquel panorama. ¿Cuándo regresaría la gente a su trabajo de una vez? Si al menos Murray se decidiese por dar un comunicado oficial…

Pero el comandante del Oceanía se resistía a dar algún tipo de esperanza a la colonia. ¡Demonios!, pensó Blake. Ellos sólo querían promesas, que Murray dijese que pronto iba a dar la respuesta de la Tierra a las peticiones de ayuda de la colonia. La nave nodriza disponía de medios de comunicación instantánea, capaz de salvar millones de años luz en unos minutos. ¿Por qué la Tierra se mostraba tan remisa en afirmar que pronto llegarían a Ra naves repletas de pertrechos?

Momentos antes de marcharse, el comandante Murray habían hablado al respecto. Y el terrestre sólo mencionó que estaba aún aguardando la comunicación de la Tierra, que el gobierno de la Federación aún no había decidido nada. Tal vez en las próximas veinticuatro horas…

La puerta se abrió y Damians introdujo a Murray. El secretario se retiró a un gesto del alcalde.

Murray caminó con pasos grandes sobre la alfombra roja y se plantó delante de Blake, y éste no pudo reprimir un gesto de nerviosismo ante la dura mirada de aquel hombre al que no había visto sonreír aún, enjuto y vistiendo el impresionante uniforme de la Armada de la Federación.

—Comandante… —empezó a decir Blake. Pero Murray le cortó tajantemente:

—Señor Blake, ha sucedido algo inaudito.

—No entiendo…

—Una de mis falúas de exploración ha desaparecido esta mañana. Dejó de comunicarse con la base una hora después de haber partido. Se ordenó a las demás unidades que estaban efectuando una exploración en el área cercana que la buscasen. Hace unos minutos se recibió en mi centro de coordinación en la nave de desembarco un comunicado de una de las falúas.

—¿Y…?

—La falúa desaparecida ha sido encontrada, pero no así sus tripulantes. Empero, dentro de ella hemos descubierto rastros de sangre, de una sangre que tras las comprobaciones pertinentes sabemos que pertenecen al teniente Graham y al navegante Curtís.

Blake miró asustado al comandante, sin encontrar alguna palabra ajustada al momento.

—Alcalde, necesito toda la colaboración de la colonia para

esclarecer este hecho —añadió secamente el comandante—. Es preciso que encontremos los cuerpos de mis hombres.

—¿Por qué supone que están muertos?

—La sangre. Ya había manado de cuerpos sin vida. Alguien o algo ha debido agredirlos, matarlos dentro de la falúa y sacarlos de ella. ¿Qué puede ser?

—¿Supone que yo debo saberlo?

—En los primeros instantes mis técnicos han querido saber todo lo concerniente a la vida animal de este planeta. Ustedes han asegurado que no existen animales dañinos, que los virus malignos están controlados y que nuestros anticuerpos son suficientes para defendernos. Si no ha sido alguna forma de vida salvaje, animal, tengo que pensar que se ha tratado de alguien perteneciente a su colonia el causante de las dos muertes. O de varios miembros de esta comunidad.

—¡Está diciendo un disparate!

—Me remito a los hechos, señor alcalde —silabeó quedamente el comandante—. Procuro mantenerme sereno. ¿Por qué no hace usted lo mismo? ¿Es que nunca ha habido un asesinado en la colonia?

Blake negó con la cabeza.

—No, nunca. Los componentes de la expedición primitiva fueron cuidadosamente elegidos después de un profundo examen en sus genes. Ni ellos ni sus descendientes, nosotros, somos portadores de violencia, locura o deseo de hacer el mal por el simple hecho de hacerlo.

—No se haga responsable de toda su gente, alcalde. Podría llevarse una desagradable sorpresa.

Paseó por la estancia. Blake lo siguió con mirada preocupada.

El comandante se detuvo y lo observó desde el otro extremo de la habitación.

—Espero contar con toda su ayuda, alcalde —dijo—. Quiero descubrir lo que ha pasado.

—Por supuesto. Pondré al corriente de todo al teniente. Logan. Nuestra policía es casi simbólica, pero puede contar con todos sus miembros, comandante.

—Bien, pero deseo que no se haga pública la noticia. Sólo se lo dirá al menor número de personas.

—¿Cree que es eso lo mejor?

—Desde luego. La colonia está muy contenta con nuestra llegada. Ahora no es el momento de preocuparla. No ahora, cuando acabo de recibir instrucciones de la Tierra.

El rostro serio de Blake reflejó cierto alivio.

—¿De veras? ¿Qué dice la Federación?

—No es el momento ahora, alcalde —Murray respiró profundamente, rehuyendo la mirada ansiosa de Blake—. Por favor, reúna mañana a sus ediles. En el pleno de la colonia expondré lo que la Federación quiere de ustedes.

Blake abrió la boca.

—¿Que la Federación quiere de nosotros? No entiendo…

—Lo entenderá cuando lo explique todo. Ahora tengo que volver urgentemente a la unidad de desembarco. Las demás falúas estarán regresando. Tal vez alguna traiga más noticias de mis hombres. ¿Podrá esperar su curiosidad hasta mañana por la mañana?

Blake asintió.

—Dispondré que el Consejo se reúna a las diez, si está de acuerdo.

—Estaré aquí a esa hora.

Murray saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió hacia la salida. Allí se volvió y dijo:

—Discúlpeme, alcalde; pero soy enemigo de repetir las cosas dos veces. No me gusta perder el tiempo contándoselo todo ahora y tenerlo que volver a decir mañana ante los demás ediles de la comunidad. Espero que lo comprenda.

—Sí, lo comprendo —dijo Blake desmadejadamente.

—Bien. De momento no inicie ninguna investigación por su cuenta. Déjelo todo hasta que reciba instrucciones mías. Comprenderá que nosotros disponemos de más medios para esclarecer la verdad, ¿no?

—Evidentemente, sí.

—¡Ah!, no se olvide de pedir a su técnico en comunicaciones, a Juan, que también esté presente. —Después de una larga pausa, añadió—: También quiero que esté en la reunión el joven Redon, el chico que llegó accidentalmente a Ra hace diez años y que tanto parece saber acerca de instalaciones. Tengo muchos deseos de conocerlo.

Sólo cuando se hubo quedado solo, Blake recordó, alarmado,

que hasta entonces él nunca había hablado de Redon a Murray, ni a ninguno de los oficiales terrestres.

Se derrumbó en su sillón giratorio, perplejo.

¿Cómo no se le había ocurrido comentar con Murray que el Oceanía no había sido la primera nave en llegar a Ra, sino la que pilotaba en solitario el muchacho nativo de Malada? Sintióse irritado profundamente. Murray tenía que haberse enterado por medio de alguna otra persona de la colonia. Había sido un error imperdonable que él no hubiera sido quien pusiera al corriente del caso al comandante.

¡Demonios!, no era algo sin importancia que en Ra viviera un hombre de otro mundo, muy alejado de aquel sistema solar. Él, Blake, alcalde electo, era quien debió haberlo dicho al jefe terrestre en el primer momento.

Y ya habían pasado varios días. Seguramente Murray se acababa de enterar de la existencia de Redon y se lo había dicho de forma que él captara que estaba evidentemente disgustado por su silencio, que podía considerarlo inexplicable.

Respiró profundamente y pulsó el llamador. Al instante Damians asomó su solícita cabeza por la puerta. Blake le indicó que entrase con un gesto cansado.

—Damians, quiero que mañana se reúnan todos los ediles en el salón de actos. A las diez en punto llegará Murray, Ya sabemos que es muy puntual.

El secretario movió afirmativamente la cabeza y Blake comprendió por su gesto que quería decirle algo. Le animó con una leve sonrisa, porque no se sentía capaz de ser más elocuente.

—Señor, me han informado que Redon acaba de regresar a la ciudad.

—Vaya. No sé si alegrarme o no. De todas formas nos evita tener que buscarle. Y nunca hemos sabido donde se esconde cuando le da por convertirse en ermitaño. Tiene que asistir a la reunión.

—¿Ha sucedido algo desagradable, señor?

Blake alzó una mirada airada hacia su secretario.

—A ti nunca se te escapa nada, ¿eh? —sonrió socarronamente—. Has aprendido a adivinar lo que me pasa leyendo en mi rostro. Está bien, sí. Creo que la tranquilidad en Ra se ha terminado y ahora comienzan los problemas. Pero no me preguntes más porque he

prometido no contar nada a nadie por el momento, al menos respecto a un punto muy desagradable.

»En cambio sí puedo decirte que Murray piensa darnos mañana noticias importantes que acaba de recibir de la Tierra.

—Señor, ésa es una buena noticia. Al final la Tierra ha respondido.

—No estés muy seguro. A lo peor no son noticias agradables. Es más, me temo que son órdenes en realidad.

—No comprendo.

—Yo tampoco. Mañana nos pondrá al corriente el comandante. Puedes marcharte y disponer los avisos a los ediles. ¡Ah!, me olvidaba. Juan también tiene que estar presente.

Damians arrugó el ceño.

Se marchó del despacho de Blake preguntándose qué podía hacer Juan en una reunión tan importante. Pero más extraño resultaba aún que Redon asistiese a ella.

Se encogió de hombros y se sentó ante su mesa de trabajo, tomando el teléfono y marcando el primer número de la lista de ediles.

CAPÍTULO V

Joshua y Mike entraron en la alcaldía y dieron sus nombres al hombre que estaba de guardia. Ambos estaban aún somnolientos, pero Mike era el que exteriorizaba más su malhumor.

—Tienes mala cara, Mike —le sonrió, divertido, el guardia al tiempo que anotaba su comparecencia.

—¡Maldita sea!; ayer trabajé duro en la granja. ¿Es que no podían haber llamado a otro para trabajar?

—¿Cómo iba a saberlo Damians? ¿Te quedan muchos días de trabajo para la comunidad?

—No lo sé. Creo que cinco o seis. ¿Qué pasa aquí?

—Entra y Damians te lo explicará.

Otros hombres más llegaron. Cuando estuvieron todos reunidos apareció Damians. Su semblante indicaba que apenas había dormido la noche pasada. Pareció recuperarse al ver que la brigada ya estaba completa y empezó a distribuir el trabajo.

La sala de reunión del Consejo apenas permitía que todos los ediles de la ciudad y comarcas estuvieran presentes. Había que ingeniarse para que otras diez o doce personas estuvieran cómodas allí antes de tres horas, explicó Damians.

Mandó a unos hombres al sótano a buscar sillas y mesas, y los demás fueron a la sala a terminar de asearla.

Al volverse, ensimismado en la lectura de unos apuntes, Damians estuvo a punto de tropezar con el teniente Logan. Le miró y dijo:

—Bueno, ya ha llegado Joshua. ¿Puedes decirme qué pasa con él?

Logan resopló y se rascó la nuca.

—No estoy muy seguro, Damians. O al menos no lo estaba anoche. Pero de todas formas te pedí que incluyeras a Joshua en la brigada de trabajo porque recordé haberlo visto merodear por la

nave de los terrestres. Me fui de allí, quedándose él. Luego mis hombres me dijeron que al final consiguió hablar un rato con el comandante Murray.

—¿Qué importancia tiene eso? Muchos desean hablar con el comandante. Lo consideran algo interesante…

—Sospecho que ha sido Joshua quien informó a Murray acerca de Redon. Ya sabes que ese chico está enamorado de Brenda, esa preciosidad que ha perdido el juicio por Redon.

Damians movió pensativamente la cabeza.

—Bueno, si los terrestres no han sabido hasta ayer que antes que ellos llegó Redon procedente de Malada, ha sido algo extraño, lo reconozco, pero fortuito. Tal vez con el entusiasmo olvidamos mencionarlo. ¿No te dije anoche que Murray no pareció darle importancia a ello cuando le pidió al alcalde que lo convocara para hoy? A propósito, tú recibiste la orden de localizar al muchacho…, ¿qué has conseguido?

El teniente se encogió de hombros.

—Desde hace un montón de días nadie le ve por la ciudad. Llamé por teléfono a Juan y éste me respondió con un gruñido. Luego me aseguró que tenía mucho trabajo, que me vería esta mañana.

—Sí, él también está convocado a la reunión.

—Todo esto es muy extraño. Me temo que nuestra luna de miel con los terrestres ha tocado a su fin.

—Dispénsame; tengo mucho trabajo.

Logan quedóse mirando a Damians como se alejaba detrás de los hombres que acarreaban hacia el salón de actos los muebles. Maldijo algo entre dientes y marchó hacia la entrada, en donde encendió un cigarrillo. Aún las calles estaban casi desiertas. Cuando los terrestres llegasen estarían concurridas y sería preciso que los guardias mantuviesen a distancia a los curiosos.

Se mantuvo un rato pensativo, preguntándose si el alcalde le permitiría asistir a la reunión. Como jefe de la guardia de seguridad era normal que así fuese… Claro que había que contar con el consentimiento de los terrestres.

En realidad ellos eran los que últimamente estaban gobernando en Ra. Y lo habían conseguido de forma sutil, sin que nadie se percatase de ello.

* * *

Blake desistió de encender el cigarrillo y tomó el vaso de agua, bebiendo un largo trago. Tenía la garganta seca, irritada. Delante de él, el cenicero aparecía atestado de colillas.

A su alrededor, los ediles de Ra también estaban preocupados. Ocupando las sillas al otro lado de la larga mesa, ampliada con otras más pequeñas, los terrestres, ocho en total, aparecían tan serios como su jefe, el comandante Murray, quien en aquellos momentos, después de hacer una larga pausa, siguió hablando.

En la sala de actos hacía calor; a pesar de estar las ventanas abiertas y casi todo el mundo sudaba, excepto los terrestres. Y Blake no llegaba a explicarse cómo Murray, embutido en su ajustado uniforme cerrado hasta el cuello, parecía tan fresco.

Pensó que tal vez era porque ellos ya conocían lo que estaban enterándose los raíanos.

Las novedades que Murray les estaba transmitiendo no podían ser más demoledoras.

Nadie en aquella sala, nacido en Ra, podía haberse figurado, unos instantes antes, algo parecido.

Echó una mirada a Juan. El viejo fumaba pausadamente su pipa, como si aquello no fuera con él. El teniente Logan, a su espalda, en pie, se sentía incómodo y se movía sin cesar.

—Espero, señores, que hayan comprendido —dijo Murray—. Sé que esperaban de nosotros otras noticias, pero lamentablemente no puedo ofrecerles nada más que la realidad.

—Comandante, ¿por qué ha esperado tantos días en decírnoslo?

La pregunta la había formulado Juan y todos se volvieron hacia él con visible enfado; Blake intentó fulminarle con la mirada. ¿Quién le había dado permiso para preguntar al terrestre?

Pero Murray no se inmutó. Dirigiéndose hacia el técnico en comunicaciones, respondió:

—Es fácil de comprender. Yo había recibido instrucciones de la Federación de utilizar este planeta, para nuestros fines militares. Pueden imaginarse la sorpresa que hemos tenido al verlo parcialmente ocupado por compatriotas nuestros. Por tal motivo tardamos tanto en descender. Queríamos asegurarnos que nuestros enemigos no se habían anticipado y estaban tendiéndonos una

emboscada.

—¿Haciéndoles creer que eran terrestres para luego atacarles? —inquirió Juan vaciando la pipa en el cenicero más cercano a él.

—Algo parecido —asintió Murray—. No olviden, caballeros, que ustedes están aquí desde hace un siglo. Durante este tiempo las cosas han cambiado un poco en la Federación y los acontecimientos han sido numerosos y sorprendentes. Nuestra expansión por la Galaxia se vio frenada hace algunos lustros por la raza Kohco. Son seres muy distintos a nosotros y belicosos en extremo. Entre ellos y la Federación estalló una guerra extraña, sin frentes y que se limita hasta el momento a esporádicos combates en muy distintos lugares del espacio.

»Como les dije, aún no sabemos exactamente de donde proceden esos seres, pero hemos descubierto que siempre usan este sector del espacio para penetrar en los mundos colonizados por la Federación. Mis hombres y yo recibimos la orden de venir a este planeta y trabajar en él en un proyecto que confiamos nos sirva, para detener las incursiones enemigas.

»Sé que ustedes esperaban otra cosa después de nuestra llegada, pero lamentablemente la ayuda que precisan de la Tierra, de los mundos de la Federación, tiene que demorarse algún tiempo.

»En la Tierra se han sorprendido tanto como nosotros al saber que existe aquí una próspera colonia, descendiente de una de las expediciones salidas de allí hace un siglo. Una vez que han comprobado todos sus datos, el Mando de la Federación nos remitió nuevas instrucciones.

»El trabajo que nos ha traído al planeta que ustedes llaman Ra estaba previsto hacerlo en seis meses, pero hemos calculado que con su ayuda podremos tenerlo listo en poco más de tres o cuatro semanas. Éste es el motivo por el cual he convocado esta reunión. La Tierra desea qué ustedes nos ayuden, que toda la colonia esté dispuesta a colaborar con nosotros durante veinte o treinta días en disponer las defensas que terminarán con la amenaza Kohco.

—Sólo nos ha dicho, comandante, que tienen que instalar unos instrumentos a lo largo y ancho de este continente, pero aún no sabemos para qué servirán —preguntó Juan. De nuevo estaba cargando su pipa parsimoniosamente.

Blake crispó los puños. ¿Por qué no se callaba el viejo? ¿No se

daba cuenta que le estaba dejando en ridículo? Ésa era una pregunta que debió formularla él a su debido tiempo.

Sin embargo, Murray le contestó amablemente:

—Los kohcos usan un sistema de navegación por el hiperespacio que difiere bastante del nuestro. Pero nuestros instrumentos los captarán cuando pasen cerca de aquí en dirección a los mundos de la Federación, aunque naveguen a miles de años luz. Dejan un buen rastro iónico. Los aparatos que instalemos seguirán la huella hasta su mundo. Entonces, sabiendo dónde viven, podremos atacarles y destruir la amenaza que se cierne sobre la Federación.

—¿Y después recibiremos la ayuda de la Federación, se reanudarán las líneas regulares? —preguntó, ansioso, Blake.

—No veo ningún motivo que lo impida. La Tierra podría enviar ya cargueros a Ra, pero hasta que no dejemos concluido el trabajo sería un riesgo innecesario. Mi nave Oceanía ha dado un gran rodeo para no ser descubierta por las unidades de Kohco —Murray sonrió levemente—. Su colonia ha esperado un siglo, ¿no? Bien podría esperar unas semanas más.

Un edil alzó la mano y Murray le indicó con un gesto que hablase.

—Señor, me pregunto si Ra correrá algún riesgo. No es que rehúse combatir al lado de la Federación, pero estimo que estamos desarmados. No disponemos apenas de unas docenas de rifles.

Murray negó vigorosamente con la cabeza.

—Ningún riesgo. Los kohcos dan grandes saltos con sus naves. En decenas de años han pasado cerca de aquí sin preocuparse de este planeta. A ellos sólo le interesan los habitados por seres humanos. Y hasta el momento no han debido descubrir que este planeta está ocupado por terrestres…

—¿Cómo está tan seguro?

La respuesta de Murray fue glacial.

—Lo habrían destruido.

Y se apresuró a añadir:

—Pero nuestras instalaciones no delatarán su presencia en Ra, si eso es lo que les preocupa.

—Bien, supongamos que conseguimos localizar el mundo de origen de los kohcos —preguntó Juan inclinándose sobre la mesa—. ¿Qué pasará después?

—¿Se refiere a lo que hará la Federación entonces?

—Exactamente.

—Estamos seguros de acabar hasta con el último kohco entonces. Ellos pueden mantenernos en jaque porque actúan con la ventaja qué saben dónde están nuestros mundos, mientras que nosotros no sabemos dónde están los suyos. Nuestras naves de guerra son infinitamente mejores que las kohcos. Lo sabemos por experiencia. Cuando el enemigo obtiene alguna pequeña victoria se debe al factor sorpresa que usan siempre. No podemos tener debidamente defendidos todos los mundos colonizados que se extienden por billones de años luz.

Mirándole socarrón, Blake preguntó a Juan:

—¿Estás tranquilo? ¿Tienes más cuestiones que plantear al comandante?

Juan negó con la cabeza. Murray, dirigiéndose a él añadió:

—Quiero que usted, Juan, se ponga a mi disposición. El trabajo que haremos requiere buenos técnicos en electrónica. Espero que usted reclute a los raíanos más cualificados para las labores delicadas y especializadas. Ese hombre llamado Redon puede ser un buen ayudante suyo, ¿no es cierto?

En la sala se formó un denso silencio, espeso. Todos empezaron a mirarse los unos a los otros. Los terrestres siguieron inmutables. Sólo el comandante esbozó una sonrisa.

—¿Es que aún no ha llegado el nativo de Malada? —miró a Blake—. Recuerdo perfectamente, señor alcalde, que le pedí anoche que estuviera también presente esta mañana.

Blake empezó a ponerse nervioso y descargó una mirada irritada sobre el teniente Logan, que se limitó a encogerse de hombros.

—Se ha intentado localizar, señor —dijo Blake—. Tal vez llegue antes que nos marchemos.

El comandante cruzó los brazos y dijo secamente:

—Quiero hablar con él inmediatamente Hoy, ahora mismo.

—Nosotros nunca sabemos dónde está cuando desaparece de la ciudad, señor…

—¿No está bajo la disciplina de la comunidad? —la voz del comandante era cada vez más tensa—. Tengo entendido que Redon fue quien puso en funcionamiento los viejos equipos de comunicación que lograron salvar de la vieja nave que les trajo

hasta aquí.

—Así es, comandante —intervino Juan mordiendo la pipa con fuerza—. Pero no hay mucho trabajo para Redon. Sin embargo, puedo asegurarle que estará en la ciudad dentro de dos o tres días.

Muy despacio, Murray empezó a incorporarse. Los oficiales terrestres que le acompañaban le imitaron.

—Alcalde, al mismo tiempo que usted comunicará a toda la colonia que debe disponerse a colaborar con nosotros a trabajar duramente, dará la orden de búsqueda de Redon de Malada. Dos de mis hombres han muerto en extrañas circunstancias…

—¿Es que sospecha de Redon? —preguntó, alarmado, Juan.

—Así es. Esta madrugada conseguimos localizar los cuerpos del teniente Graham y el navegante Curtís. Mejor dicho, lo que quedaba de ellos. Aunque intentó hacerlos desaparecer, conseguimos por medio de nuestros rastreadores hallar restos. Ahora no tenemos la menor duda que el hombre llamado Redon y que les aseguró hace diez años proceder de Malada, ha sido el asesino.

—¿Cómo puede decir eso tan categóricamente? —estalló Juan golpeando la mesa—. ¿Por qué ha tenido que ser Redon? Siempre se portó bien entre nosotros. Lo que afirma es absurdo, comandante.

—Supongo que tendrá pruebas de ello —dijo el alcalde blandamente.

—Desde luego.

—Pues deberá dárnoslas ahora mismo —terció Juan—. Antes, por supuesto, que el alcalde ordene su busca y captura. No olvide, comandante, que existen leyes que amparan la libertad en las colonias. Ni un comandante de las Fuerzas Galácticas de la Federación puede inmiscuirse en nuestros asuntos internos.

—Bueno, Juan tiene razón esta vez —gruñó Blake—. Claro que si Redon es el culpable de la muerte de dos navegantes, la ley permite que el convicto sea entregado a la justicia militar y…

—¡Pero antes debemos conocer las pruebas que Murray dice tener!

Todos se volvieron para mirarle, en silencio.

—El que conocen por Redon es un enemigo de la Federación, y por lo tanto, de ustedes también —dijo secamente, Murray—. Durante estos años ha convivido sin que nadie en la Colonia se percatara que estaba siendo engañado. Ese hombre, señores, es un

kohco.

Juan sintió que la habitación le daba vueltas. Con voz ronca pudo preguntar:

—¿Cómo ha podido averiguarlo? Parece ser que los kohcos son seres diferentes a nosotros, casi monstruosos. Redon es un hombre y…

Calló súbitamente. Redon podía ser algo extraño, pero su aspecto era totalmente humano. Juan se mordió la lengua. Seguramente ahora todos los ediles, el alcalde y Logan, estarían haciéndose muchas preguntas referentes al muchacho, recordando su extraño proceder y la potencia de su mente. Rememoró la escena donde Brenda acariciaba el aire, creyendo llevar entre los brazos un cachorro de perro.

Murray movió la cabeza, como si estuviera repentinamente cansado.

—Por favor, señores. Deben hacerme caso, creerme. Redon es un peligro para la colonia, para todos nosotros. Puede hacer fracasar el proyecto si no lo capturamos y ponemos a buen recaudo cuanto antes. Déjennos ponerle la mano encima, inmovilizarlo unos días y verán como tenemos razón. Sí aún tienen algunos temores, les prometo que no se le hará daño —y añadió duramente—: A menos que ustedes decidan que sea destruido cuando se convenzan.

Nadie perteneciente a la colonia se atrevió a responder. Blake sintió sobre sí las miradas de los ediles.

—Lo que dice el comandante es razonable. Me creo en la obligación de darle un amplio margen de confianza. ¿Están de acuerdo conmigo?

Los ediles fueron asintiendo uno detrás de otro. Juan no se creyó en la necesidad de dar su parecer y permaneció quieto y callado. Se limitó a preguntar:

—Nos estamos precipitando, amigos. ¿Dónde están esas pruebas?

—Son simples —replicó Murray—. Sólo ayer supe por medio de uno de ustedes de la existencia de Redon. ¿No es suficiente esto para que comprendan que la mente de Redon es tan poderosa que les ha estado manejando hasta el punto que ninguno sintiera la necesidad de comunicarme algo al respecto? La comunidad completa fue sometida al deseo de Redon de negarme su presencia

en la colonia. Mis dos oficiales asesinados debieron descubrirlo y fueron muertos por él, no hay duda. Además, es imposible que ese hombre haya llegado procedente de Malada hace dos lustros.

—¿Por qué? —le espetó Juan—. Sé que existe esa colonia, que es anterior su fundación a la nuestra…

—Desde luego —asintió el comandante—. Pero era pequeña, de apenas unos cientos de miles de humanos. Y fue destruida hace más de trece años en una de las primeras incursiones de Kohco. No quedó nadie en ella, aunque sospechamos que algunos lograron escapar en las escasas naves de que disponían.

—¿No pudo ser Redon uno de ellos? —preguntó Juan.

—Redon nunca comentó nada de ese ataque —indicó Blake, alegrándose de coger a Juan en un error.

—Ninguna de las naves de que disponía Malada podía llegar hasta Ra, señores —añadió Murray—. Y tiene razón el alcalde, Redon no habría ocultado la destrucción de su comunidad de ser cierto que pertenecía a Malada.

Juan quedó abatido en su sillón. No sabía qué replicar.

Al levantar la mirada se sorprendió al ver que todos miraban hacia la puerta.

Se volvió y vio allí a Redon. El muchacho se dirigía hacia el centro de la reunión, tranquilamente, como si no se hubiera enterado que allí estaban acusándole gravemente. Se detuvo delante del alcalde y dijo:

—Siento haber llegado tarde. ¿Es cierto que deseaban que asistiera a esta reunión, señor?

CAPÍTULO VI

Mike terminó de cerrar la puerta. A través de la tela metálica observó cómo Joshua montaba en la camioneta y se alejaba de, la casa. Instantes después cruzaba la entrada a la granja.

De evidente malhumor se volvió hacia su hermana, que apoyada en el marco de la puerta que conducía a la cocina, había presenciado, aunque Joshua no la viera, las vacilantes excusas de Mike.

—Eres injusta con Joshua —dijo Mike—. Te quiere.

—Eso no le justifica —replicó Brenda volviéndole la espalda.

—¿Es que por estar enamorado de ti le incapacitaba para informar a los terrestres? Demonios, Joshua ha sido el único capaz de hacerlo.

—¿Es que consideras su ruin acción cómo un acto heroico?

—Sabemos que hizo bien. Lo sabemos ahora. ¿Qué dudas puedes tener tú ahora?

Brenda aspiró profundamente. Llevaba un buen rato secando el mismo plato. Con la mirada perdida en los sembrados que veía por la ventana, respondió:

—No admito ese miedo de los terrestres hacia Redon. ¿Qué podía hacer un solo hombre contra tantos y tan bien armados? Además, Redon no ha admitido haber matado a los dos navegantes, ni tampoco ser un kohco.

—Pero tampoco lo ha negado. Se ha encerrado en un mutismo total. No quiere hablar con nadie. Parece…

—¿Qué parece?

—Como si esperase algo… No sé. Yo también estoy confundido. No se puede olvidar en unos días una amistad de años, aunque ésta haya sido una extraña amistad. Pero yo también sentía una especie de simpatía hacia Redon. Y Joshua también.

—¿Joshua? No me hagas reír, hermanito. Joshua ha

aprovechado la primera oportunidad que se le ha presentado para quitárselo de en medio y…

—He hablado con Joshua y sé que el rencor no ha sido su motivo.

—¿No? ¿Qué ha sido entonces?

—Decidió hablar con el comandante Murray cuando se percató que ningún terrestre sabía nada acerca de Redon. Eso le extrañó muchísimo. Asegura que al principio le costó mucho trabajo acercarse hasta la nave. Lo estuvo intentando unos días, pero de repente esa fuerza que le impedía contar la verdad, cesó de súbito. Además, entonces era como si le impeliera a hablar de Redon al comandante. Eso fue el día anterior a la detención de Redon en la reunión del Consejo.

—Aún no me explico cómo Redon cayó en la trampa. ¿Cómo no se percató que los terrestres querían encerrarle en la nave nodriza?

—Pero el alcalde se negó en redondo… —Mike se rascó la barbilla, como si aún estuviera sin comprender la actitud de Blake—. Estuvo muy firme después de arrestar los guardias de Logan a Redon. Se negó a consentir que los terrestres se hicieran cargo de Redon, no mientras no se le enjuiciara. Incluso llegó a amenazar a Murray con prohibirnos colaborar con los terrestres en los trabajos que absorben ahora todo el esfuerzo de la colonia.

—Sí, pero cuando la instalación de esas enormes antenas esté terminada se celebrará el juicio. ¿Y qué posibilidades tendrá entonces Redon?

—No tendrá otro remedio que abandonar su mutismo y defenderse. Aunque veo difícil que consiga convencer al jurado de su inocencia, Al detenerle se le descubrió en el antebrazo derecho un lanzador de dardos, que él mismo se había construido. Murray dice que sus hombres murieron a consecuencia de dardos parecidos a los que llevaba Redon.

—Pero ésa no es una prueba definitiva.

—Los terrestres consintieron en esperar porque afirman que están seguros que podrán probar todas sus acusaciones. Cuando el trabajo esté terminado, que es lo que más les importa, demostrarán que Redon es un kohco y el alcalde tendrá que consentir que se lo lleven a la Tierra. Según Murray, son escasos los kohcos que logran capturar con vida.

Brenda soltó el trapo con violencia sobre el fregadero y se desprendió del delantal.

—¿Adónde vas? —preguntó su hermano al verla pasar por su lado como un huracán.

Ella había tomado una chaquetilla corta y respondió mientras se la ponía:

—A la ciudad.

Mike movió la cabeza apesadumbrado.

—Seguirán sin dejar que veas a Redon. Y no te aconsejo que insistas. La gente está soliviantada con él y te ganarás las antipatías de todos.

—No te preocupes; iré a ver a Juan. Al parecer es el único amigo fiel que aún conserva Redon en esta podrida comunidad.

Salió dando un portazo.

* * *

Juan vivía en una pequeña casita, rodeada de un jardín que él cuidaba personalmente. Recibió a Brenda bajo el porche, sentado en su sillón preferido y con un zumo de naranjas en la mano.

—¿Te apetece un refresco? —la preguntó indicando la jarra colocada sobre una pequeña mesa.

—No, gracias —respondió Brenda negando con la cabeza—. ¿Lo consiguió, Juan?

El viejo asintió con una leve sonrisa.

—Me ha costado mucho —sacó un papel que desdobló cuidadosamente—. Yo también tenía deseos de verle. El alcalde accedió a firmar el pase después de consultar con el comandante terrestre.

Brenda tomó su mano derecha y la apretó con calor.

—Gracias; sabía que lo lograría. ¿Cuándo podemos verle?

Juan se levantó de la silla, se restregó los riñones y dijo:

—Cuando tú quieras. Me perderé la siesta, pero qué le vamos a hacer. Estoy molido, hija. Esos terrestres están ansiosos por terminar esa maldita instalación de torres. La verdad que todavía no sé para qué servirán. La ciencia ha adelantado mucho en este siglo de aislamiento. Yo sólo conozco una mínima parte del material que

instalan. Cuando quieras.

Montaron en el coche de Brenda que estaba estacionado delante de la casita de Juan y se dirigieron por la avenida principal de la ciudad en dirección a la alcaldía. En los sótanos del sólido edificio estaba encerrado Redon desde hacía dos semanas, custodiado día y noche por dos guardias de Logan y dos navegantes terrestres armados estos últimos, hasta los dientes.

En la ciudad no se veía mucha gente. Casi todo el mundo estaba trabajando para los terrestres. Habían sobrado los voluntarios cuando Blake hizo pública la solicitud de ayuda del comandante Murray. La comunidad acogió con evidente temor la amenaza de los hasta entonces desconocidos para ellos kohcos. Pero ya todo el mundo los odiaba y, por ende, odiaban a Redon porque los terrestres decían que era uno de ellos, un miembro de la raza enemiga de la Federación.

Brenda observó por el espejo retrovisor que una camioneta les seguía desde que salieron de la casa del viejo.

Al llegar a la alcaldía, la camioneta se detuvo a pocos metros de ellos. Y Brenda vio, irritada, cómo de ella descendía Joshua.

—¿Qué haces aquí? —le espetó al llegar Joshua a su altura.

El joven, aturdido, miró a Juan demandando ayuda. El viejo carraspeó y explicó:

—Bueno, para ver a Redon no sólo hacía falta el permiso conjunto del alcalde y el comandante terrestre, sino que el prisionero quisiera recibirnos…

—¿Qué tiene que ver Joshua con todo esto?

—Es que Redon se negaba a recibirnos si Joshua no estaba presente.

Brenda abrió los ojos, no dando crédito a lo que había escuchado. Parecía ofendida cuando logró preguntar con voz entrecortada:

—No es posible… ¿Cómo es que Redon quiere ver a quien le traicionó?

El viejo se encogió de hombros.

—Será mejor que entremos y tal vez logremos averiguarlo. ¡Oh!, no pienses que Redon pretende tener frente a él a quien le delató para causarle daño. Nada de eso. Estoy seguro. Claro que si Joshua no quiere venir con nosotros.

—De ninguna manera. Quiero ver a Redon y decirle que no tenía nada personal contra él —dijo el muchacho—. Además tengo curiosidad por saber qué me tiene que decir.

—Estupendo. Todos de acuerdo —asintió el viejo.

Mientras ascendían por la docena de escalones que conducían a la entrada principal de la alcaldía, añadió:

—Ayer arreglé la entrevista y esta mañana pedí a Joshua que fuera a decírtelo, a la granja. ¿Por qué no habéis venido juntos?

—Brenda no quiso recibirme. Pero yo sabía que ella estaba dentro. Luego la vi pasar en su coche delante de mi granja y la seguí. Pensé que podríamos ver hoy mismo a Redon, no esperar otro día más.

—Magnífico. El permiso que he logrado sacar no tiene fecha, pero sólo nos servirá para una vez.

Juan se detuvo para hablar con el guardia. A su lado estaba un soldado de la Federación armado con un poderoso atomizador, que asistió al diálogo en silencio. Se quedó allí vigilante mientras el raitano entraba para avisar al teniente Logan, que apareció al cabo de un instante, dirigiéndose a Juan:

—El alcalde me advirtió que ustedes vendrían a ver al prisionero. La verdad es que no suponía que fuera hoy mismo.

—¿Por qué no hoy? —preguntó, desafiante, Brenda.

—Bueno, es que como todos estamos trabajando para los terrestres me figuré que sería difícil que los tres coincidieran libres de servicio tan pronto.

—Yo no estoy trabajando para los terrestres —dijo Brenda. Le hubiera gustado que Logan le preguntase el motivo, para ella responderle que se habría negado en redondo.

En el vestíbulo Joshua y Juan fueron registrados minuciosamente, mientras que Brenda era inspeccionada por una mujer.

—Medidas de seguridad impuestas por los terrestres —explicó Logan—. Tengo instrucciones de dejarles hablar tranquilamente. Si no lo desean nadie estará presente en la habitación con ustedes, pero fuera habrá cuatro hombres y yo mismo por si algo marchara mal.

Bajaron al sótano y se detuvieron delante de una puerta, que Logan abrió. Una lámpara colgada del techo lo alumbraba todo

intensamente. Había una mesa y cuatro sillas, todo ello atornillado el piso.

—Esperen aquí. Ahora les traeré a Redon.

Esperaron impacientes unos minutos. La puerta se abrió; un soldado terrestre recorrió la estancia, revisándola cuidadosamente. Miró a las tres personas y se marchó. A continuación, se volvió a abrir la puerta y Redon penetró en la estancia. Vieron un segundo a Logan, que miraba por encima del hombro de Redon, como si estuviese esperando que alguien le invitase a entrar.

Pero Brenda cerró la puerta y escuchó al otro lado cómo la llave era echada.

Entonces miró a Redon fijamente. Estaba asombrada. El encierro de dos semanas no parecía haberle afectado lo más mínimo. Su expresión juvenil era la misma, vivaz y confiada. Parecía recién afeitado y su pulcritud era extremada. Vestía el mismo traje de una sola pieza, el mismo que siempre usaba, limpio y sin una arruga.

Redon les sonrió e indicó las sillas atornilladas al suelo alrededor de la mesa. Cuando estuvieron acomodados, se sentó también y miró a sus visitantes.

—Gracias por haber venido —les dijo. Sin perder la amistosa sonrisa miró primero a Brenda, luego a Juan y por último a Joshua, que aparentaba mayor nerviosismo. Tenía las manos sobre la mesa y se las restregaba sin cesar. Dirigiéndose a Joshua, Redon le dijo—: Debes tranquilizarte, Joshua. Si te sirve, te diré que te estoy agradecido por haber dicho a los terrestres que yo estoy en Ra desde hace diez años.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego. Las cosas se habían precipitado un poco y era preciso que ellos lo supieran.

—No entiendo…

—Mi vida peligraba. Supe que sólo estaría a salvo si los raíanos me encerraban. De haber caído en poder del comandante Murray no lo habría contado.

Los tres visitantes se miraron estupefactos.

—No os asombréis. Tal vez algún día os cuente todo con más calma. Ahora no tenemos tiempo. Juan, quiero que me expliques cómo va el trabajo en el continente. Sé que toda la colonia está trabajando, pero me interesa saber cuándo estará todo terminado.

—Redon, yo… —titubeó el viejo.

—Me lo prometiste, no lo olvides. Prometiste que me ayudarías.

Brenda se agitó nerviosa y dijo:

—No deberíamos hablar de nada importante. Ahora pienso que el alcalde y Murray han consentido en que veamos a Redon porque confían que él nos diga algo que pueda interesarles.

—Desde luego —admitió Redon—. Con esa esperanza han accedido.

—Entonces no deberíamos…

—No te preocupes —Redon rió alegremente—. Esta habitación está llena de micrófonos y visores de televisión. Pero no podrán escucharnos ni vernos.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé que en estos momentos los técnicos situados en el piso superior están con un dolor tremendo de cabeza viendo como sus sensibles aparatos no registran nada. Murray se llevará un desengaño terrible.

—Y eso lo estás consiguiendo tú, muchacho —rezongó Juan—. Me das miedo, la verdad.

—Pero en realidad te sientes confiado a mi lado, ¿verdad, Juan?

—Sí, lo confieso. Tal vez es miedo lo que me gustaría sentir, pero realmente estoy tranquilo.

—Perfecto. Ahora dime cómo va el trabajo.

—No puedo entender lo que se proponen los terrestres. Ellos dicen que están instalando un sistema de detección que les permitirá descubrir la situación riel pía neta Kohco para destruirlo. En Cuanto a la terminación me figuro que estará concluido en una semana más. Con la ayuda de la comunidad va todo muy deprisa.

—Entonces todo estará concluido antes de dos días —afirmó Redon.

—No podrá ser tan pronto. Los técnicos terrestres me confirmaron mi creencia que aún habrá trabajo para más de una semana —le corrigió Juan.

—Pero será dentro de cuarenta y ocho horas cuando estará terminado —insistió Redon, alzando la mirada y fijándola en la intensa lámpara.

—Redon —dijo Brenda en un hilo de voz—. Quiero preguntarte una cosa.

—Puedes hacerme todas las preguntas que quieras, pero yo sólo te responderé a las que considere conveniente, dadas las circunstancias.

—¿Mataste a los dos terrestres?

—No he matado a ningún terrestre —la respuesta fue seca, tajante.

—¿Me crees? —preguntó Redon mirando a Brenda.

Ella sonrió.

—Sí.

—Te será difícil probarlo, muchacho —dijo apesadumbrado el viejo—. El jurado te declarará culpable y serás entregado al comandante Murray. Y en la Tierra te ajusticiarán. No está abolida la pena de muerte para quien mata a miembros de las Fuerzas de la Federación. Me he informado. Serás desintegrado.

—Sé lo que me espera en la Tierra si me llevan allí. Y no seré desintegrado. Eso sería una suerte: Me espera algo peor. Por eso, amigos, necesito vuestra ayuda.

Tres pares de ojos miraron a Redon con ansiedad.

—No tenemos ya mucho tiempo. Es preciso qué salga de aquí.

—¿Insinúas que quieres escapar? —Joshua parecía el más asombrado de los tres—. ¿Por qué te dejaste atrapar? Podías haber seguido oculto en los bosques. Allí nadie te habría encontrado.

—Ellos sí me habrían localizado. No olvidéis que dos de ellos murieron. Al hablarles Joshua de mí ya supieron que debían buscarme a mí. Hasta entonces, aunque hubieran descubierto los cadáveres, estaban confundidos. No sabían a quién buscar. Pero habrían rastreado los bosques, hasta la última pulgada. E incluso podrían haber muerto, inocentes, confundiéndolos conmigo.

—Y te entregaste para salvar la vida —musitó Juan.

—Sí. Aquí estoy a salvo. Al menos mientras duren los trabajos. Los terrestres no desean enemistarse con la colonia mientras la necesite —sonrió levemente—. Pero debieron llevarse una sorpresa cuando Blake se negó tajantemente a entregarme.

—Yo también me sorprendí mucho aquella mañana —dijo Juan —. Nunca le vi tan decidido, con tanta energía. Me pregunto si…

El viejo calló y sus ojos se confundieron con los de Redon. El muchacho sostuvo la mirada y terminó venciendo en la pequeña batalla visual.

Juan recordó muchas cosas, todas en un segundo. Joshua había querido denunciar a Redon y no había podido hasta el día en que todo le fue fácil. Y ahora estaba allí, sin que Redon le mostrase su animosidad por el hecho. Es más, Redon había reconocido que había querido que lo encerrasen los colonos para evitar caer en manos de los terrestres. Y ahora quería marcharse porque el trabajo estaba a punto de terminarse.

Y el viejo sabía que lo conseguiría, que podría marcharse del edificio tranquilamente cuando lo deseara. ¿Para qué necesitaba su ayuda entonces?

Como si Redon hubiera leído los pensamientos de Juan, dijo:

—Os necesito, amigos, porque alguien debe llevarme hasta el lago. Es preciso que alguien conduzca el coche.

Joshua empezó a sentir frío. Siempre había aborrecido a Redon porque sabía que Brenda estaba enamorada de él y nunca le haría caso mientras tuviera la más mínima esperanza de lograr algún día el amor del misterioso joven. Se había despreciado por haberle denunciado a los terrestres, arrepintiéndose de ello apenas terminó de contarlo a Murray.

Pero Redon le había reconfortado, en cambio, como si le hubiera hecho un gran favor. Y ahora le pedía ayuda para escapar. Y Joshua estaba seguro que no iba a negársela.

Tal vez la más decidida a ayudar a Redon era Brenda, que en aquellos momentos le sonreía animosa. Juan suspiró y se dijo que todo podía irse al infierno, pero que él había creído siempre en Redon y ahora no iba a echarse atrás.

—¿Cuándo quieres escapar y cómo? —preguntó el viejo.

—Ahora mismo.

CAPÍTULO VII

Logan arrojó la colilla del quinto cigarrillo, y siguió paseando cada vez más nervioso, por el angosto corredor. Delante de la puerta estaban los dos guardias de la colonia y los dos soldados terrestres. Sus hombres daban muestras de cansancio, mientras que los navegantes del Oceanía, plantados uno frente a otro, parecían sendas estatuas negras, sosteniendo sus potentes atomizadores como si temieran que alguien pudiera arrebatárselos.

Se detuvo en su paseo delante de la cerrada puerta. La entrevista con el prisionero duraba ya casi una hora. No le habían dicho cuánto podía prolongarse. Tal vez fuera conveniente que durase el más largo tiempo posible. Arriba debían estar grabando todo lo que dentro se hablara e hiciera. El comandante Murray podría dormir tranquilo aquella noche si obtenía la información que parecía estar deseando.

Se volvió al escuchar unos golpes en la puerta dados desde el interior. Tomó las llaves y la abrió. Apareció Brenda. Al fondo, los hombres seguían conversando en voz baja.

—Quiero ir al lavabo —dijo la muchacha.

Logan la dejó pasar y la chica se dirigió hacia la derecha del pasillo. Al hacerlo casi tropezó con uno de los soldados terrestres. Apenas Brenda se había alejado un par de metros y el teniente estaba cerrando otra vez la puerta, cuando el soldado se derrumbó pesadamente sobre el suelo.

El teniente empezó a arrodillarse sobre el caído. Entonces escuchó que el otro soldado terrestre lanzaba un grito de rabia y se echaba al hombro el atomizador, apuntando en dirección a Brenda.

Logan se volvió y ya no era Brenda la que estaba allí, sino Redon.

Algo cruzó el aire y el soldado soltó el atomizador al tiempo que se doblaba, hinchaba las rodillas y caía convertido en un ovillo,

rodando hasta detenerse al chocar contra la pared.

Echó mano a la pistola y trató de ordenar a sus dos guardias qué disparasen contra Redon. Pero de su garganta no salió un solo sonido ni tampoco consiguió empuñar el arma.

Muy despacio fue derrumbándose en un profundo abismo negro. Lo último que vio fue que los dos guardias también caían y le acompañaban en un lento descenso a las profundidades.

* * *

Redon había tomado las llaves del teniente, y al abrir la puerta dijo a los que estaban dentro de la estancia:

—Salid.

Brenda, Juan y Joshua salieron por este orden. Lo que vieron en el pasillo les dejó paralizados.

Joshua movió la cabeza, como si quisiera desprenderse de algún pensamiento que le atormentaba. Rugió hacia Redon:

—Los has matado. Los has matado a todos.

Impermutable, Redon replicó:

—Los raíanos están vivos. Sólo permanecerán inconscientes un par de horas.

—Pero… ¿y los terrestres? —pudo articular Juan.

—He sido un idiota —Joshua le señaló con su índice derecho—. Sé que tu mente es poderosa. Una vez más te has valido de mí para tus fines, Redon. Siento como si hubieras estado manipulando dentro de mí, hurgando en mi mente y obligándome a querer ayudarte. ¡Me niego a hacerlo porque eres un asesino!

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Redon—. Será preciso que te convenzas por tus propios ojos. Mira a los terrestres. Mejor dicho, a los que supones que eran seres procedentes de la Tierra.

Bajaron las miradas hacia el suelo y vieron dos masas informes mezcladas con trozos de ropas negras. Era una carne viscosa, de color rojizo y reluciente. Unas bolas surgían de unas extremidades delgadas. En ellas aún refulgían unos ojos como la nieve. Pero ya eran ojos sin vida.

Brenda retrocedió unos pasos, conteniendo sus deseos de

vomitar. Joshua sintió un áspero nudo en la garganta y Juan, haciendo un gran esfuerzo, pudo preguntar:

—¿Qué es eso?

—Son los que vosotros pensabais que eran terrestres, humanos —respondió Redon inclinándose para tomar las armas—. Cuando mueren no pueden seguir manteniendo su falsa estructura molecular si otra mente destruye la fuerza que les daba su humana apariencia. Yo he anulado esa fuerza para convenceros.

—¿Quieres decir que los terrestres que han llegado no son tales?

—Eso es.

—¿Quiénes son entonces?

—Enemigos nuestros.

—Pero tú no eres de Malada.

—No.

Brenda se adelantó hasta ponerse frente a él y le miró fijamente a los ojos.

—¿Quién eres?

—No hay tiempo para explicaciones. Por el momento puedo mantener esta estancia aislada, pero los compañeros de estos seres pronto notarán que han muerto. Entonces nos perseguirán como alimañas hasta destruirnos. Por algunas horas yo puedo seguir emitiendo sus pulsaciones y ellos pensarán que los que me vigilaban aún viven. Por eso necesito vuestra ayuda, para poder concentrarme enteramente a engañarlos por algún tiempo, hasta que consiga llegar hasta el lago.

—Allí está tu nave. No fue destruida al descender, ¿verdad?

—Cierto. Necesito que vosotros me ayudéis, amigos, que tengáis confianza en mí. Conduciréis el coche. Yo no podría hacerlo mientras mantengo el engaño para ganar tiempo.

—Yo te creo, Redon —asintió Brenda—. Iré contigo.

Redon miró a Joshua.

—También necesitaré tu ayuda —le dijo—. ¿Puedo contar con ella?

El muchacho vaciló un instante, pero asintió.

—¡Eh!, yo no pienso quedarme quieto. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó el viejo vivamente.

Redon puso sus manos sobre los hombros de Juan. Cariñosamente, le explicó:

—Para ti tengo encomendada otra labor más importante, mi viejo amigo. Quiero que busques una cámara fotográfica o de filmar y recojas tomas de esos cadáveres. Los raíanos despertarán dentro de unos minutos. Si los convences te ayudarán. Luego, di a Logan que alerte a la colonia, que huyan de la ciudad, refugiándose en los bosques y montañas cercanas. El enemigo, cuando se percate que ha sido descubierto, reaccionará violentamente. Temo lo peor para los habitantes de Ra. Si Logan no se comporta tozudamente, reunirá a los hombres armados que pueda y dedicará su tiempo en destruir cuantas torres pueda. Eso nos dará más margen para que yo pueda poner en función mi nave.

—¿Tan grave es la situación? ¿No nos puedes decir quiénes son esos monstruos y qué se proponen hacer? —preguntó Juan, al parecer no muy contento con la misión que le encomendaba Redon.

—Nosotros los llamamos yials y, efectivamente, son enemigos de los terrestres, de los humanos. Y también de nosotros los kohcos. —Redon sonrió—. Pero si logramos salir adelante tendremos tiempo para las explicaciones.

Estrechó la mano de Juan e indicó a Joshua y Brenda que le siguieran.

Ascendieron hasta la planta baja. Antes de salir del sótano, Redon hizo que sus amigos pasaran delante suyo. Brenda vio que varias personas transitaban por el vestíbulo. Se mordió los labios. Los guardias de la entrada verían a Redon. Se preguntó si éste iba a usar los atomizadores que llevaba ocultos.

Pero cuando franquearon la entrada, casi no pudo evitar un grito de asombro al ver que no era Redon quien les seguía, sino Juan, dibujando una amplia sonrisa, animándole al descubrirle.

A Joshua tuvo que sujetarle por un brazo el anciano cuando descendieron por las escaleras en dirección al coche de Brenda.

Apenas Brenda arrancó y se alejaron de la Alcaldía, de nuevo era Redon quien les acompañaba.

—Ha sido un simple truco, amigos —dijo Redon sacando las atomizadoras. Entregó una a Joshua y colocó otra junto a Brenda—. Tal vez las necesitemos dentro de poco. Aunque yo pueda seguir neutralizando a nuestros enemigos, ignoro cuándo tiene que efectuarse el relevo.

—¿Cómo es que no pudiste averiguar ese detalle? —preguntó,

ceñudo, Joshua.

—Los yials me conocen. Saben lo que podemos hacer los kohcos. Por eso convencieron al alcalde para que les dejaran poner centinelas junto a los raíanos. Esos dos seres me tenían también encerrada la mente dentro de la celda.

—Entonces tú mataste a los dos terrestres, tal como aseguró Murray —insinuó Brenda. Conducía a toda velocidad por las calles casi desiertas de la ciudad.

—Me descubrieron apenas os marchasteis Juan y tú —admitió Redon—. Me distraje un poco, tal vez porque no los esperaba tan pronto. Claro que tuve que matarlos. Dejé los cuerpos lo más lejos posible. Sabía que era imposible mantenerlos ocultos porque sus compatriotas pueden localizarlos por muy lejos que estén sus partículas desde el momento que dejen de emitir impulsos. Por varias horas yo envié falsos impulsos haciéndoles creer que aún vivían, tal como estoy haciendo ahora. Pero eso es muy fatigoso, no puedo hacerlo sin descansar al cabo de unas horas.

»Los yials terminarían descubriéndome una vez que ya hubieran evidencias de mi existencia. Así, contacté con la mente de Joshua y le impulsé a delatarme al comandante Murray.

Joshua soltó un gruñido, pero no hizo ningún comentario.

—La única forma de salvar mi vida era entregándome, dejando que fuesen los colonos quienes me custodiasen. Murray accedió a ello porque estaba decidido a esperar hasta que el trabajo concluyera. Necesitan la ayuda de los colonos para terminar cuanto antes y marcharse. No están seguros aquí. Entonces me llevarían a su nave y me matarían, dejando pensar a la colonia que me estaban conduciendo a la Tierra, en donde sería considerado como un prisionero de guerra.

»Cuando el alcalde me preguntó si quería recibirte, Brenda, puse como condición que Joshua también me visitará, además de Juan.

—Tengo curiosidad por saber por qué yo —dijo Joshua.

—Tu mente era receptiva, Joshua.

La respuesta de Redon no convenció a Joshua, pero no encontró otra pregunta. Permaneció callado. Hacía unos instantes que habían salido de la ciudad y Brenda conducía vertiginosamente por la polvorienta carretera, en dirección al lago.

Redon miró hacia el declinante sol. Estaría oscureciendo cuando

llegasen a su destino. Cerró los ojos. A medida que se alejaban de la ciudad le costaba más esfuerzo seguir reproduciendo los impulsos de los dos seres que había en el sótano de la Alcaldía.

Sus enemigos pronto se percatarían de su huida.

Y Ra se convertiría en un infierno si antes no conseguía llegar hasta la nave.

* * *

Juan había salido de la Alcaldía. En casa de su amigo Lemmy, que vivía cerca, pidió prestada una cámara de fotografiar. Lemmy no estaba, ocupado, como casi todos los colonos, en las faenas encomendadas por los terrestres. Pero su esposa accedió de buen grado a facilitársela. Regresó al edificio y bajó apresuradamente al sótano. Había notado las miradas confusas de los guardias. Uno de ellos juraba que hacía unos minutos le había visto salir en compañía de un hombre y una chica.

El viejo le contó que Logan había pedido la cámara, la cual fue minuciosamente revisada, para coger unas tomas de Redon.

Sintiendo que el corazón parecía querer salírsele del pecho, Juan descendió los escalones y dobló el pasillo. Respiró hondo cuando encontró la escena, con sus muertos y desvanecidos, tal como la había dejado. Nadie parecía haber bajado durante el tiempo en que había estado ausente.

Pero Logan estaba dando muestras de volver en sí. Mientras tomaba fotografías, otro de los guardias raíanos empezó a incorporarse.

Reprimiendo sus náuseas, se acercó cuanto pudo hasta las masas informes de los monstruosos yials. Repentinamente se retiró. El pasillo empezaba a llenarse de un olor nauseabundo.

Entonces comprendió que los cuerpos gelatinosos se estaban descomponiendo. La atmósfera de Ra era destructiva para las verdaderas estructuras de los yials.

Asintió. Redon quería que fotografiara a los yials porque sus cuerpos naturales se corrompían rápidamente en Ra. Y dentro de poco las únicas pruebas serían las que estaban dentro de la cámara.

Logan ya se estaba incorporando. Apoyada la espalda contra la

pared, miraba, atónito, la escena que le rodeaba.

—¿Qué es esa porquería? —preguntó señalando las cada vez más informes masas de los yials, al tiempo que sacaba un pañuelo y se tapaba la nariz.

—Será mejor que nos marchemos de aquí —respondió Juan tosiendo—. Dentro de poco esto será insoportable.

Logan asintió. El segundo guardia estaba recobrándose y los cuatro, ayudándose mutuamente, empezaron a caminar hacia la salida.

—No hay tiempo que perder, Logan. Los terrestres no son tales, sino esos monstruos que se están pudriendo ahí detrás —empezó Juan a explicar nerviosamente—. Redon quiere ayudarnos. Tenemos que evacuar la ciudad, que todo el mundo se esconda. Habrá que avisar a las brigadas que trabajan y…

—¡Maldita sea, Juan! —mascculló Logan—. No entiendo nada de nada. Me duele la cabeza. Y ese condenado Redon se ha escapado…

—¡No se ha escapado! Intenta ayudarnos, estúpido. Busquemos al alcalde y mostrémole las fotos que tengo en la cámara. Y todo lo tenemos que hacer cuanto antes. Los yials pueden llegar en cualquier momento. A propósito, ¿cuándo se relevan los terrestres?

Estaban ascendiendo por la escalera y Logan miró su reloj.

—Dentro de una hora y media —replicó.

Calló súbitamente cuando unas sombras se proyectaron sobre ellos. Alzaron las miradas. Arriba de las escaleras habla media docena de personas. Murray era una de ellas.

Juan observó cómo Logan intentaba empuñar su pistola, encontrándose con la funda vacía. Los dos guardias aún estaban tan aturdidos que no se habían dado cuenta. Recordó que Redon se había llevado las armas. Seguramente el muchacho no había previsto una contingencia como aquélla.

«Sería inútil engañar a Murray», pensó Juan. Hasta allí, llegaba ya el putrefacto olor de los yials muertos. Para el falso comandante eso debía ser suficiente para hacerle comprender lo sucedido.

Dos de los soldados uniformados de negro bajaron los peldaños que faltaban, a una indicación de Murray, para tomar férreamente por los brazos a Logan. Dieron un empujón a Juan y ascendieron.

Juan empezó a temblar. El propio Murray tenía su pistola atomizadora empuñada. Los dos guardias parecían haber

recuperado totalmente el sentido, justo a tiempo para darse cuenta que iban a morir.

Fueron sólo tres disparos. La profundidad del sótano devolvió sendos estampidos.

Tres cuerpos rodaron por las escaleras.

Cuando Logan empezó a debatirse entre los brazos de sus enemigos, un golpe en el cuello le inmovilizó.

Del vestíbulo de la alcaldía surgieron voces, gritos y más disparos.

* * *

Brenda observaba a Redon mientras bajaba la ladera del monte Azul en dirección a la orilla del lago. Ella estaba sentada, teniendo a su lado a un pensativo Joshua.

En plena noche habían conseguido llegar allí, y Redon dijo que debían dormir todos un poco, hasta que amaneciese.

Ahora, con las primeras luces, antes de bajar al lago, Redon había explicado:

—Las cosas no han ocurrido en la ciudad como hubiéramos deseado, amigos —parecía terriblemente perturbado—. Logan no ha podido transmitir a Blake mi encargo y… Juan ha muerto a manos de Murray.

Brenda sintió deseos de preguntarle cómo se había enterado de todo esto mientras dormían. Entonces pensó que tal vez Redon no había dormido en toda la noche. Sólo mostraba un ligero indicio de cansancio, pero escaso para un hombre que hubiera permanecido despierto mientras ella y Joshua dormían, agotados por los acontecimientos.

—¿Cómo conseguirás llegar a la nave? —preguntó Joshua.

—Lo lograré. Vosotros esperaréis mi regreso. No tardaré mucho.

—Estás loco. El lago tiene en esta parte mucha profundidad. Tu nave no pudo ser localizada nunca. Además, ahora estará totalmente inservible.

—Nada de eso. Estará como hace diez años.

—¿Quieres decir que durante todo este tiempo nos has estado engañando? —exclamó Brenda.

Joshua se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa ha hecho Redon con nosotros? Tu existencia en Ra ha sido una tremenda mentira. Aún no sabemos si es un espía kohco, Brenda. ¿Por qué los kohcos no han de ser también nuestros enemigos? ¡Oh, todo esto es tan complicado…!

—No dejéis de tenerme confianza. —Mientras hablaba, Redon se desnudaba. Su cuerpo esbelto y fuerte brillaba ante las incipientes luces del día—. He esperado mucho tiempo este día. Aunque los acontecimientos me han cogido un poco desprevenido. He esperado tantos años que cuando al fin se presentaron las yials no he sabido reaccionar convenientemente.

Luego les volvió la espalda y se sumergió en las quietas aguas del lago.

Brenda se estremeció ante el frío del amanecer y Joshua la rodeó con sus brazos, acercando su cara a la trémula mejilla de la muchacha.

—Estás temblando —advirtió Joshua.

—Sí —admitió ella—. Y no es porque tenga frío, sino…

—¿Qué estás pensando?

—Los seres que dijeron ser terrestres al llegar, y que nuestro pueblo recibió con tanta alegría, no han resultado ser tales, sino unos seres monstruosos, enemigos nuestros y del pueblo de Redon, de Kohco. Me pregunto si Redon es realmente como le vemos.

Joshua se apartó un poco de ella.

—¡Dios mío, tienes razón! —musitó el muchacho—. No lo había pensado. Ahora que pienso en ello, muchas cosas son insólitas en Redon.

Brenda se llevó las manos a la cara, ocultándola. Su compañero comprendía su estado de ánimo.

—Te horroriza la idea que Redon pueda ser un monstruo como aquellos cadáveres pestilentes, ¿verdad?

—No puede ser. Sería horrible.

—Sé cómo te sientes, Brenda —Joshua hablaba suavemente, consciente que la muchacha estaba en tensión y en cualquier momento podía desmoronarse, sumirse en la histeria—. Yo… Yo siempre te he querido, aunque sabía que preferías a Redon. No por ello le odiaba. No, de ninguna manera. Redon nunca ha mirado a ninguna chica en la colonia. Al menos ha sido noble en este aspecto.

Pero piensa que no tiene que ser necesariamente un monstruo para no haberse sentido atraído por ninguna, ni siquiera, por ti. Simplemente, pertenece a una raza distinta a la nuestra. Considérale bajo el aspecto de poseer un metabolismo sexual más retardado. Tal vez eso te ayude.

Brenda rompió en sollozos y Joshua la abrazó. La dejó llorar, sabiendo que le desahogaría el llanto.

Casi media hora después, las quietas aguas del lago empezaron a agitarse cada vez con más intensidad. Los dos jóvenes se pusieron en pie y retrocedieron unos pasos, sobrecogidos ante la presencia de la mole de metal que surgía de las profundidades acuáticas.

Joshua soltó una exclamación y dijo:

—¡Dios mío, es una nave de los terrestres! —enseguida rectificó—: Una nave como las que usan los yials para ir y venir de la nodriza…

La nave terminó despegándose del lago y avanzó lentamente, sostenida por poderosas fuerzas en el aire, hasta la orilla del lago. No hacía el menor ruido al desplazarse, y aquello la diferenciaba en mucho a las de los yials.

Miraban el ingenio absortos cuando Redon apareció por un lado, saltando a tierra y gritándoles:

—¡Vamos, subid a bordo!, Murray no tardará en localizarnos si permanecemos aquí mucho tiempo.

CAPÍTULO VIII

Al aproximarse a la Alcaldía, Mike se extrañó mucho al observar que allí sólo permanecían soldados terrestres de guardia. No había ni un hombre de Logan por las proximidades. La plaza estaba tan desierta como siempre, desde que todos los hombres y mujeres, capaces de trabajar estaban colaborando con los terrestres en la construcción de las extrañas torres que comenzaban a alzarse por toda la extensión del continente.

Cerró de un portazo la puerta de la cabina del camión y caminó por la acera en dirección al edificio. Había conseguido un permiso especial por unas horas extras. Lo había solicitado al llegar a la granja hacía poco y encontrarla vacía, sin una nota de Brenda que le explicara su ausencia. Sabía que disponía de permiso para visitar a Redon. Joshua tampoco había regresado al trabajo. Todo aquello le parecía muy extraño.

Antes de dirigirse a la Alcaldía se había pasado por casa de Juan, hallándola vacía. Claro que Juan estaba colaborando estrechamente con los terrestres en las torres. Aquel maldito viejo, según le habían contado dos ediles amigos suyos, había concertado una entrevista con Redon el día anterior, a la que debían asistir Brenda y Joshua también.

Mike había decidido ir a la Alcaldía a recabar información sobre el paradero de su hermana. Todo aquello le parecía muy extraño.

El centinela terrestre le indicó que se detuviera apenas había ascendido los pocos escalones que conducían a la entrada de la Alcaldía.

—No se puede entrar —anunció escuetamente.

Mike sabía que en la Alcaldía había sido encerrado Redon, hasta el momento en que fuera entregado a los terrestres. Pero de todas formas estaba muy cansado y la actitud del terrestre no le agradó.

—¿Desde cuándo un raiano no puede entrar en la Alcaldía?

—Son órdenes.

—¿De quién? Yo sólo obedezco órdenes de Blake. ¿Dónde está el teniente Logan? Quiero verlo.

—Está ocupado y no puede recibir a nadie.

Otro terrestre surgió del interior y se colocó al lado del primer centinela. Mike miró a ambos con creciente recelo. Se encogió de hombros y bajó los escalones. Antes de doblar la esquina del edificio, se volvió y comprobó que los terrestres le seguían con la mirada.

Pero él conocía otra entrada a la Alcaldía situada en la parte posterior del edificio. Confiaba en que siguiera sin estar cerrada por dentro, como siempre. Amparado por las sombras de la estrecha callejuela, la empujó y respiró aliviado al verla ceder a su presión.

Estaba en una habitación que servía para guardar enseres en desuso. Olía a humedad y también el corredor al que pasó a continuación. El edificio era aún demasiado grande para las necesidades de la colonia. Cuando se construyó se hizo pensando en el futuro y existían muchas dependencias, incluso en la planta baja, que nadie utilizaba.

De todas formas le extrañó muchísimo la ausencia de los funcionarios que corrientemente trabajaban allí. Todo estaba desierto. Estaba a punto de volver por sus pasos, salir de allí y marcharse a la ciudad, pensando que el permiso extraordinario no debía consumirlo curioseando inútilmente en donde su instinto le decía que no iba a encontrar a Brenda.

Se detuvo, pensando que si ella había estado allí para visitar a Redon, alguien podría darle noticias de Brenda.

Caminó resueltamente por los pasillos. Estuvo a punto de salir al vestíbulo, e incluso ganar la calle pasando por delante de los sorprendidos centinelas terrestres, cuando se detuvo, visiblemente asustado.

El amplio vestíbulo parecía haber protagonizado una batalla campal. Los muebles estaban rotos, y varias paredes mostraban evidencias de haber recibido impactos de rayos láser.

Y el aplastante silencio seguía rodeándole.

Prestó atención al escuchar un ligero roce sobre el suelo. Dedujo que procedía de una habitación cercana. Acercó el oído a una puerta entornada y el ruido volvió a producirse.

La empujó.

Era una oficina pequeña. Al lado de una mesa, atado sólidamente a una silla, estaba Logan, que le miró con ojos asombrados, como si no estuviera seguro de verle allí.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Mike, entrando y cerrando la puerta tras su espalda.

El demacrado rostro de Logan, en donde tenía impreso un profundo terror, le suplicaron en silencio que le desatase.

Mike lo hizo cortando las cuerdas con su navaja. Mientras el teniente se restregaba los miembros para restablecer la circulación, el joven descubrió los cuerpos apilados en un rincón. Reconoció a varios funcionarios de la Alcaldía.

Logan señaló los cadáveres y explicó:

—Los mataron ayer, cuando Murray se presentó inesperadamente. Fue horrible. Mató a todo el mundo, excepto a mí. Luego pusieron centinelas en la puerta y no dejaron pasar a nadie. No quieren que la colonia se entere de lo que está, pasando.

—Pero… ¿qué es lo que pasa?

—Nos han engañado, Mike —Logan jadeaba, hablando con dificultad—. Quieren que todo siga igual mientras consiguen nuestra ayuda para la construcción de esas torres. Son enemigos de la Tierra y nuestros. Son unos monstruos con apariencia humana.

—Brenda…

Logan alzó la mirada neblinosa que encubría sus ojos cansados.

—Creo que ella, Joshua y Redon consiguieron escapar. Murray me ha dejado con vida porque está usando a mis hombres para buscarlos. De vez en cuando me obliga a transmitir órdenes a los guardias de la colonia. Pero cuando no me necesite me matará también. ¿Cómo has logrado entrar?

Mike se lo explicó y Logan dijo que debían salir de allí cuanto antes.

Tan aturdido estaba Mike, que no pensó en decirle que volvieran a usar la entrada trasera. Logan miró para ver si el corredor estaba desierto y luego condujo a su salvador hasta una habitación adyacente. En ella registró en unas alacenas y sacó dos pistolas de proyectiles, entregando una a Mike.

—No hay más hombres en el edificio que esos dos que vigilan la entrada. Bueno, no son hombres, sino monstruos. ¿Te atreverás a

dispararles?

—Podemos esquivarlos, salir por detrás —dijo Mike, muy pálido recordando cómo él había entrado.

Logan masculló entre dientes:

—No; quiero matarlos. Necesito matar a alguno de ellos. Asesinaron a mis hombres, a Juan, a todos cuantos estaban aquí cuando descubrieron que Redon se había escapado con Brenda y Joshua. Son monstruos.

Incapaz de responderle, Mike le siguió. Entraron de nuevo en el arrasado vestíbulo. Las sombras de los dos soldados vestidos de negro se extendían en el suelo lleno de trastos rotos.

Logan se acercó a la puerta. Los dos yials estaban juntos, hablando en voz baja. El teniente alzó el arma y apretó el gatillo. Por un momento, Mike se sintió horrorizado. Uno de los admirados terrestres se desplomó, rodando las escaleras. El otro se volvió y empezó a levantar su arma cuando Logan y Mike dispararon casi al mismo tiempo.

Mike tenía los ojos muy abiertos y los dientes empezaban a castañearle. No se hubiera creído capas un segundo antes de disparar contra lo que parecía ser un semejante suyo, un viejo pariente de la Tierra. Pero el primer soldado abatido ya estaba adquiriendo una terrorífica forma monstruosa cuando una extraña fuerza le impulsó a disparar contra el que se revolvía contra ellos.

Logan jadeó y señaló los cuerpos que seguían transformándose ante sus ojos:

—¿Es suficiente para convencerte, Mike?

El joven no tuvo apenas tiempo de asentir. El teniente le estaba empujando escaleras abajo, en dirección al camión.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mike, poniendo el motor en marcha.

Logan se pasó la mano por el sudoroso rostro. Miró desolado la desierta ciudad.

—No lo sé. Al menos salgamos de la ciudad. Esos seres se dan cuenta enseguida cuando alguno de ellos muere. Parecen estar conectados entre sí mentalmente. Ahora mismo saben que nos hemos escapado. Se lanzarán contra nosotros como perros de presa…

Mike condujo el camión a lo largo de la avenida. Dijo:

—Sé dónde ir. La brigada en la que estaba trabajando no está lejos de aquí. Nos reuniremos con ellos.

—Está bien. Si podernos convencerles podremos empezar a cumplir con la misión que Redon me encomendó.

—¿Qué te pidió?

—Que destruyéramos el mayor número de torres. ¿Hay terrestres mandando tu brigada de trabajo?

—Sólo uno. ¿Te preocupa eso?

Logan soltó una carcajada.

—Al contrario. Cuando lo mate tendremos la prueba para convencer a los trabajadores para qué nos ayuden a demoler cuantas torres podamos.

* * *

Redon, sentado en un sillón que flotaba delante de una larguísima consola de maridos, terminó de ajustar una serie de botones. Frente a él un gran panel lleno de colores.

Volviéndose hacia sus compañeros, moviéndose lentamente en el sillón, se puso delante de ellos.

Brenda nunca había estado a bordo de una nave espacial; sólo las conocía por grabados de las amarillentas revistas que trajeron a Ra los primeros colonizadores. Empero, en su memoria se había grabado la forma que tenía el gran ingenio que llevó al planeta a sus padres y abuelos hacía un siglo. No se parecía en nada el viejo puente de mando con el de la nave de Redon, Allí todo parecía tan sencillo, adecuado para ser manejado por un solo hombre, que se le antojaba como algo irreal, no producido por una civilización humana.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Joshua, aún visiblemente impresionado por cuanto había visto de la nave.

Los dos jóvenes raíanos estaban sentados en sendas sillas semejantes a la que usaba Redon; pero, al contrario de ésta, no podía moverse flotando sobre el piso; parecían clavadas en el brillante suelo, suave y de apariencia metálica.

—Tengo que llegar hasta la nave nodriza de Yial.

—Será imposible —Joshua meneó la cabeza—. Nos localizarán

apenas nos alejemos unos kilómetros de la superficie.

—Podremos hacerlo. Sólo precisamos un poco de suerte. Ahora nos dirigimos, volando a pequeña velocidad y casi a ras de suelo, hacia la planicie donde está posada una de las naves que usan los yials para llegar hasta su nave nodriza. Sencillamente, tomaremos el lugar de esa nave.

—¿Por eso esta nave tiene la forma de ella? —inquirió Brenda. Desde hacía un buen rato, desde que Redon surgió del fondo del lago a bordo de su nave, la figura del kohco se le antojaba distinta a la que había conocido durante tantos años. Incluso su voz, ademanes, eran diferentes.

—Sí. Ahora mi nave se asemeja a los transbordadores yials.

—¿Quieres decir que le cambiaste la forma antes de emerger?

—Exactamente.

Brenda movió la cabeza. Las palabras de Redon habían sido mal recibidas por ella. Ayudaban a destruir la mínima esperanza que le quedaba y aumentaba, al mismo tiempo, los temores que a cada instante eran más sólidos.

—Qué fácil es cambiar de apariencia. ¿Cuál es la tuya, Redon?

Y le miró fijamente. Joshua bajó la mirada. No quería intervenir en aquella conversación. Se sentía como un intruso.

Redon tardó, a criterio de Brenda, un siglo en responder.

—Eso no tiene ahora la menor importancia, Brenda. Mi misión está a punto de terminar, fracase o triunfe. Entonces me marcharé y nunca más volveréis a saber de mí, de ninguno de mi raza. ¿Por qué no recordarme siempre como soy, como me estáis viendo ahora?

—Los yials aparecieron como humanos, haciéndose pasar por terrestres y son monstruos en realidad, enemigos de los humanos —dijo Brenda temblándole la voz.

—En eso tienes razón, Brenda. Pero la facultad de poder metamorfosearse no es patrimonio de los yials. ¿Por qué tendría que serlo?

—Siempre has tenido el mismo aspecto. No has envejecido en diez años…

—El Universo es grande y en él existen aún cosas que vosotros, a pesar de habitar en tantos mundos, ignoráis. Mi raza vive en un mundo que ni siquiera podéis descubrir con vuestros medios más avanzados. Sabemos de la expansión de los humanos desde la

Tierra, pero eso no nos importa, porque aún pasarán milenios antes que podáis llegar hasta nuestra galaxia.

—Entonces, ¿por qué llegaste un día a Ra haciéndote pasar por un humano de Malada?

—Sabíamos que los yials iban a usar este mundo. Los yials son enemigos nuestros, seres con los cuales no se pueden mantener relaciones pacíficas. Ellos nos temen y no osan a acercarse a nuestro espacio vital. Pero también han descubierto la gran expansión de los humanos y decidieron frenarla. Vosotros, a pesar de vuestras evidentes imperfecciones, es posible que algún día dejéis vuestra violencia innata y dentro de miles de años, si no os habéis destruido mutuamente, lleguéis a ser amigos nuestros, amigos de Kohco. Cuando eso ocurra yo seré quien más lo celebraré de todo mi pueblo porque soy quien mejor os conoce, y, a pesar de todos vuestros defectos, poseéis cualidades estimables.

—Pero… ¿Dices que tú celebrarás el encuentro de mi raza con la tuya dentro de miles de años? ¿Es que vivirás tanto?

—Puede ser. Considera esto como una de las principales causas que siempre han levantado una barrera entre nosotros, Brenda —Redon sonrió parcamente, como forzado—. Los míos me enviaron a esta misión y debo reconocer que he sido feliz a mi manera entre vosotros, gozando de vuestra amistad.

—¿Por qué te recluías de vez en cuando? ¿Es que tenías que hacerlo para seguir manteniendo tu forma humana?

—No, nada de eso. Me comunico mentalmente con mi lejano mundo. No existe ningún medio mecánico capaz de hacerlo instantáneamente. Pero cada vez que lo hacía tenía que dormir un profundo sueño para lograrlo. Necesitaba una gran concentración. Por eso me alejaba en los bosques, solo.

Joshua había conseguido, a pesar de su curiosidad, mantenerse aparte del diálogo. Nerviosamente, preguntó a Redon:

—Pero ¿qué intentaban los yials?

Redon se volvió hacia él, como si hasta entonces Joshua no hubiera existido.

—Los yials, efectivamente, han chocado con los planetas más avanzados de la expansión humana. Y se han llevado la peor parte. Su método de lucha no es el más adecuado para la forma que emplean las naves armadas de la Federación, a pesar de ser más

anticuadas. Pero a veces la técnica evoluciona tanto que olvida normas de combate más rudimentarias y por ello no menos eficaces. Los yials están tan adelantados que ante las primitivas armas de los humanos están desconcertados. Perdieron las primeras grandes batallas y desde hace muchos años no han conseguido detener a los hombres de la Federación. Además, sus bases están tan alejadas que es una baza importante para actuar en su contra. Los humanos llegarán a sus planetas originarios dentro de pocos años, al contrario de los milenios que tardarán en alcanzar Kohco. Por eso están tan asustados, que hace tiempo planearon una acción para destruirlos, aunque con ellos hagan saltar en pedazos a todos los planetas que han conquistado los humanos.

»Aunque incapaces de vencer en la guerra, los yials son inteligentes y escrutan el futuro científicamente. Cuando descubrieron este mundo, una colonia aislada de la Tierra, dedujeron que antes de cinco años llegarán a Ra las primeras naves de la Federación. Entonces decidieron anticiparse y presentarse ellos primero disfrazados de humanos. Pueden hacerlo porque su poder mental es grande. Durante mucho tiempo se estuvieron entrenando, estudiando las costumbres humanas para salir airosos de la comedia que iban a representar.

»Nosotros descubrimos sus intenciones y llegamos a la conclusión que los yials no deberían destruir a la Federación. Entonces me eligieron a mí. Me hice pasar por un habitante de Malada, una colonia alejada que tuvo la desgracia de ser la primera en recibir la visita destructora de los yials. Era el único planeta que nuestras unidades de exploración habían estudiado por curiosidad científica antes de ser destruida. Por eso dije ser de Malada, aunque cuando llegué ya sabía que tal planeta había sido arrasado por los yials en su desesperada retirada después de la gran derrota que sufrieron ante la Armada Espacial de la Federación.

—¿Qué pretenden los yials construyendo esas torres a toda prisa?

—Pretenden usar Ra como un gigantesco detonador que llevará la destrucción a un amplio sector de esta Galaxia, una colosal explosión en cadena, hasta que ni un solo planeta humano no termine cayendo a su estrella correspondiente. Luego, el gran fuego estelar se consumirá por sí solo y ellos quedarán dueños de toda la

Galaxia. Y entonces pensarán la forma de acabar también con Kohco.

—No es posible que destruyendo este planeta consigan tanto…

—¿Por qué no? Aún desconocéis las verdaderas leyes que rige el Cosmos. Los yials sí las saben. En esta Galaxia existen varios mundos que mantienen la estabilidad. En este sector, Ra es uno de ellos. Cuando deje de existir se producirán unas explosiones en cadena que alcanzarán incluso hasta la lejana Tierra. Luego, la sabia naturaleza volverá a restablecer el equilibrio. Pero entonces ya no existirán algunos cientos de mundos y otros tantos soles. Un gran vacío se producirá en la Galaxia que sólo se llenará después de muchos millones de años.

—Y las torres producirán el estallido inicial…

—Sí. Se necesita una gran sabiduría para saber hacer detonar este planeta. Las torres deben estar completas y situadas cada una convenientemente en un punto determinado. De otra forma, un ligerísimo fallo, haría imposible la explosión. No es tan fácil romper el equilibrio del Universo.

—¿No han podido equivocarse los yials?

—No. Investigué en la mente de Juan, que sabe dónde están colocadas las verdaderas torres, porque existen muchas que sólo sirven para despistar, y no hay el menor error posible. E incluso ya está todo concluido. Aunque a los raíanos los yials dicen que aún falta mucho trabajo, mienten. En cualquier momento pueden hacer funcionar el detonante galáctico.

Un seco silencio siguió a las palabras de Redon. Entrecortadamente, Brenda le preguntó:

—¿Qué podemos hacer? Porque es indudable que tú tienes un plan…

—Desde luego. Pero es arriesgado.

—Dinos lo que piensas hacer… —pidió Joshua.

—Tomar el lugar del transbordador estacionado en la llanura.

Joshua y Brenda se miraron interrogadoramente, preguntándose cada uno al otro cómo podría Redon lograr tal cosa. Pero se abstuvieron de abrir la boca. Aquella nave tenía la forma, externa al menos, de las naves de desembarco yials. Pero poder tomar el sitio de una de ellas era algo inconcebible.

CAPÍTULO IX

Todo el panel frontal de la sala de mandos se transformó, mediante un ligero ademán de Redon, en una asombrosa pantalla visora. La lisa llanura corría velozmente debajo de ellos, a escasa altura.

Los dos jóvenes raíanos no se atrevían a hablar, temiendo que pudieran distraer a Redon, que de vez en cuando pasaba sus manos extendidas por los relucientes mandos.

La nave en la que volaban podía tener la apariencia de un transbordador yial, pero, su interior evidenciaba pertenecer a una tecnología muy superior incluso a los enemigos que habían llegado a Ra haciéndose pasar por terrestres.

De pronto descubrieron, posada sobre sus sustentadores, la mencionada nave transbordadora. No se veía a nadie a su alrededor, ni siquiera un vehículo de los que frecuentemente iban y partían de ella, transformada en base operacional del trabajo que realizaban conjuntamente yials y raíanos.

—Están a punto de despegar —musitó Redon. Y la nave adquirió más velocidad, dirigiéndose directamente hacia la que estaba posada en la llanura.

Brenda y Joshua contuvieron la respiración. La colisión parecía inevitable. La muchacha, aterrorizada, quiso cerrar los ojos, pero algo extraño, incomprensible, se lo impidió. Entonces se alegró de haberlos mantenido bien abiertos. En lugar del tremendo choque, la nave en la que viajaban pareció introducirse en la otra, ocupando su lugar. Entonces tomaron altura, ascendiendo verticalmente hacia el firmamento azul.

Redon se volvió hacia ellos, después de cambiar la visión de proa de la pantalla por la de proa. Aunque se alejaban vertiginosamente de la superficie, pudieron darse cuenta que donde había estado la nave yial no quedaba absolutamente nada.

Antes que tuvieran tiempo de preguntarle qué había pasado,

Redon explicó:

—He desintegrado el transbordador yial, segundos antes que despegara. Ahora nosotros hemos tomado su lugar. Podremos acercarnos hacia la nave nodriza sin que se percaten del engaño.

—¿Podrás conseguirlo? —preguntó Brenda, aún sobrecogida por la escena vivida.

—Supongo que sí —respondió Redon no muy convencido—. Hasta el momento que hemos destruido la cohesión atómica del transbordador yial, hemos viajado bajo un manto invisible. No nos podían ver ni detectar, pero la nave nodriza dispone de sensitivos medios de detección que es imposible eludir, por eso necesitamos engañarlos para acercarnos lo suficiente a ellos para que las armas de que dispongo a bordo sean eficaces. Los yials disponen de una especial coraza de fuerza que a gran distancia es impenetrable.

—¿Por qué se marchaba ya el transbordador? —inquirió, preocupado Joshua—. Siempre había uno en Ra…

—Los yials ya han terminado su trabajo. Secretamente se han marchado todos. O debían de hacerlo, supongo. Murray estará ya a bordo de la nave nodriza, esperando la última nave. Entonces activará el dispositivo, una vez que se sumerja en el hiperespacio y se encuentre en el no-espacio y el no-tiempo cuando ocurra el estallido.

Brenda miró fijamente a Redon. A pesar de la seguridad que daba a sus palabras, el joven se veía preocupado. Lo comprendía. Se acercaba el momento en que iba a ser decisivo todo, saber si había valido la pena esperar diez años para culminar la misión dada por sus superiores con tan largo plazo.

Diez minutos después alcanzaron la órbita de la nave nodriza. La pantalla les mostró, aumentada varios cientos de veces, la imagen de la gigantesca nave. Hasta entonces ningún raíano la había visto. Brenda comprendió por qué los falsos terrestres siempre se negaron a llevar hasta ella a los colonos. Su sólo aspecto indicaba que no podía ser de manufactura terrestre su monstruosa configuración. Sólo los transbordadores poseían aún características de la clásica ingeniería terrestre.

La estancia se llenó con una serie de sonidos que lejanamente sonó a un idioma a los oídos de los raíanos. Empero, Redon, imitando sus características perfectamente emitió lo que podía

tomarse como una respuesta a una interpelación.

Enseguida dijo a Brenda y a Joshua:

—Hay un pequeño problema. Murray me ha preguntado… —se detuvo para sonreír parcamente—. Bueno, seguiremos llamándole Murray, para facilitar las cosas. El comandante me ha preguntado si llevo a bordo los dos yials rezagados. Al parecer el transbordador había estado retrasando su partida porque dos yials no se presentaban. He respondido que sí y eso ha tranquilizado a Murray. Confiemos no haber cometido un error. Los dos yials que faltaban montaban guardia en la Alcaldía.

—¿No hubiera sido más astuto decirle que no estaban a bordo? —preguntó Joshua, torciendo el gesto—. Eso hubiera impedido a Murray activar el dispositivo detonante…

—Esos dos seres importaban muy poco a Murray. Si permitió el retraso de la partida del transbordador que hemos usurpado es porque aún dispone de algún tiempo extra. De otra forma los hubiera dejado en Ra, sencillamente.

La nave empezó a perder velocidad, comenzando a describir un amplio arco alrededor del navío-nodriza yial. Brenda notó que los gestos de Redon eran cada vez más tensos, al tiempo que sus manos se movían sin cesar sobre los mandos luminosos, como si los acariciara.

De súbito una voz ronca, usando el galacto, tronó en la sala de mandos.

—¡Eres el kohco Redon! —identificaron a la voz como perteneciente a Murray y estaba evidentemente asustada—. ¿Qué haces en el interior de mi transbordador? ¿Qué pretendes?

Brenda y Joshua estuvieron a punto de saltar de sus asientos y Redon les conminó con un imperativo gesto a que se mantuviesen calmados.

Hablando a Murray, Redon respondió:

—Me has descubierto demasiado tarde, comandante. Ya estoy dentro de tu escudo y no podrás impedirme que destruya la nave-nodriza.

La pantalla que mostraba la inquietante forma de la gran nave yial ofreció un rectángulo en el que se dibujó la faz contorsionada de Murray. Brenda suspiró aliviada. Había temido que el falso comandante terrestre dispusiera ya de su monstruosa apariencia.

—No conseguirás salirte con la tuya, Redon —Murray intentaba calmarse. Sus ojos miraban de un lado a otro, tal vez observando a los tres ocupantes de la nave que hasta entonces había supuesto como suya.

—Yo opino lo contrario.

—Dentro de unos segundos activaré el detonante y todos los mundos humanos saltarán en pedazos…

—Hazlo y tú morirás también. Mi nave no te dejará sumergirte en el hiperespacio una milésima de segundo después que actives las torres.

—¿No? ¿Cómo podrás hacerlo?

—Sabes muy bien que sí puedo. Yo captaré tu pensamiento, aunque tú te esfuerces en sólo dejarlo traslucir en el mismo instante que pulses el activador. Entonces destruiré tu nave con mis armas. Y sabes que nada podéis contra ellas. No te dejaré escapar. Sucederá todo en la misma fracción de segundo.

—Será una muerte justificada —rió Murray—. ¿Acaso has olvidado que nuestra raza es diferente a las vuestras? Todos somos miembros de ella. Cada uno de nosotros vive en parte en otro miembro. Yo seguiré viviendo de alguna forma en el cuerpo de un semejante mío.

—Sí, creo saber algo de eso —masculló Redon—. Esa particularidad no es muy conocida por nosotros. ¿Por eso te diste cuenta que yo no llevaba a bordo a los dos soldados tuyos que vigilaban la Alcaldía?

—Exacto. Al acercarte lo suficiente pude escudriñar tu nave, descubriendo que a bordo no viaja nadie de los míos. Ahora sé que todos están muertos. ¿Cómo lo has hecho?

—Los atomicé al ocupar mi nave el lugar del transbordador.

—Muy ingenioso. Los kohcos sois temibles… y también muy imbéciles. Vosotros hubierais podido conquistar todo el Universo, pero sois demasiado honestos. Por eso ese papel debemos hacerlo nosotros, los yials.

—Estamos perdiendo el tiempo, Murray. ¿Qué esperas para activar el dispositivo? ¿Acaso tienes miedo?

—Estoy dispuesto a pactar contigo, Redon. Sé que los kohcos aprecian la vida. Puedes marcharte si me dejas en paz. Salvarás tu milenaria existencia.

—Eres más tonto de lo que imaginaba, Murray. Debiste haberme matado cuando me tenías prisionero. Pero para ti la misión en Ra era más importante porque supone el ser o no ser de vuestra raza. Los humanos pronto os barrerán del Universo.

—¿Por qué prefieres que sean los humanos quienes salgan victoriosos de esta lucha? Vosotros nunca permitiréis que ellos sean vuestros amigos.

—Pero tampoco los queremos por enemigos. Digamos que los preferimos, de todas formas, a vuestra repugnante presencia. Murray, te doy diez segundos para que te largues sin activar el dispositivo. Después de ese tiempo dispararé.

—No lo harás. Tengo dispuesto el activador para que funcione apenas tu rayo atomizador comience a perforar el fuselaje de mi nave. Si tanto aprecias a esos humanos que te acompañan, te lo puedes llevar a tu aburrido mundo. Allí morirán felices. Y tú los verás envejecer en un paso de tiempo que sólo será unas horas para tu larga vida.

Brenda abrió la boca. Aquella revelación de Murray confirmaba lo que había empezado a sospechar. Ahora ya estaba segura de la barrera que siempre se había levantado entre ella y Redon. Aunque de igual apariencia, cada uno vivía en un estadio temporal distinto.

Detrás de la imagen de Murray comenzaron a moverse unas sombras que horrorizaron a Brenda. Eran yials en su verdadera apariencia, aún más horribles que los cadáveres que viera en los sótanos de la Alcaldía.

—Se ha acabado el tiempo… —empezó a decir Redon alzando una mano.

Pero inesperadamente la nave nodriza se movió velozmente, desplazándose hacia un lado, recorriendo miles de millas en medio segundo. Redon barbotó unas palabras en un idioma desconocido para los raíanos.

—Me ha engañado —casi sollozó Redon, bajando furiosamente su mano sobre unas luces—. Ha disparado antes que yo pueda impedirlo.

Había pronunciado la última palabra cuando un denso trazo de vivísima luz atravesó el espacio y cubrió brillantemente la nave nodriza que continuaba alejándose, camino de desaparecer en el hiperespacio.

—La he destruido, pero pudo accionar el disparador —jadeó Redon, inclinando la cabeza, abatido—. Pensé poder hacerlo antes que Murray reaccionará…

—¡Redon! —gritó Brenda al mostrar la pantalla la azulada superficie de Ra.

El joven se incorporó y miró hacia la imagen.

—No lo comprendo… —musitó—. No ha funcionado el detonante. ¿Cómo ha podido ser así?

* * *

Redon sólo permitió que Mike entrase en su nave. Les raíanos habían decidido respetar su firme deseo que no se acercaran a ella, manteniéndose alejados de la nave a respetable distancia que había descendido casi en el mismo lugar que semanas antes lo hiciera el transbordador de los falsos terrestres.

Después de las explicaciones de Mike, comprendieron por qué Ra no habíase convertido en una bola de fuego, iniciando con ella una reacción en cadena que se llevaría por delante, a la destrucción a los mundos humanos de los terrestres.

—Fueron unas veinte o treinta, no estoy seguro, las torres que pudimos derribar. Hasta que vosotros no os comunicasteis no estuvimos tranquilos de haber hecho lo bastante en tan poco tiempo. Y la verdad es que nunca creí poder convencer a los que trabajaban en ella. Allí no quedaba ningún yial para desenmascararlo. Afortunadamente Logan aún llevaba las pruebas visuales del verdadero aspecto de esos monstruos, que pudo conservar aun cuando estuvo preso.

Redon volvió a negarse cuando Mike le transmitió los deseos del alcalde de darle las gracias personalmente por haber salvado a Ra, a los mundos humanos.

—Vosotros habéis hecho tanto o más que yo —dijo Redon, visiblemente impaciente por marcharse—. Es deseo de mi pueblo que sigamos viviendo aislados. Tenéis por delante toda la Galaxia para vosotros. Nosotros no necesitamos más.

Mike y Joshua optaron por retirarse al leer en la mirada de Brenda que ella querrá despedirse a solas de Redon.

Bajaron de la resplandeciente nave y encendieron unos cigarrillos al lado del vehículo que debería alejarlos de allí antes que la nave kohco partiera. Esperaron a Brenda.

La muchacha sólo tardó unos minutos. Ante la sorpresa de Joshua, llegaba sonriente. Con voz animosa les dijo que podían marcharse.

Mientras se alejaban en dirección a la impaciente y curiosa multitud que les esperaba cerca de la vieja torre de comunicaciones, Mike no se pudo contener por más tiempo y preguntó a su hermana:

—¿Pecaría de indiscreto si te preguntara…?

—Sí, sería una indiscreción —rió Brenda. Cogió del brazo a Mike, quien se sorprendió, y añadió—: He sido una tonta. Redon es diferente. Aunque humano, con sentimientos humanos, está muy por encima de nosotros. Pretender obtener su cariño es casi un sacrilegio. Durante todo este tiempo he estado equivocada. Ahora que no le volveremos a ver más, observo las cosas desde un punto de vista distinto, real.

—¿Acaso quieres decir…? —empezó Mike a preguntar.

Ella se apresuró a cerrarle los labios con los dedos.

—Espera que te responda que sí a que la nave se haya elevado al menos.

Mike estalló en una carcajada, mitad de alegría y mitad de nerviosismo mal contenido.

Aún no había recorrido la mitad del trayecto cuando la nave de Redon ascendió un centenar de metros, se detuvo unos segundos y enseguida desapareció tras un fugaz destello luminoso.

Miles de raíanos la despidieron con un mudo silencio.

Lentamente, la multitud se fue disgregando. Pero todos retornaban a sus hogares, a sus casas, seguros que en breve llegarían las naves de la Tierra, de la Federación. Y esta vez no serían falsos terrestres.

FIN